

Selección TERROR

Joseph Berna

EL FARO DEL TERROR



SELECCION
TERROR

JOSEPH BERNA

EL FARO DEL TERROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 552

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN Depósito legal:

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición:

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

CAPITULO PRIMERO

Ronnie Tyler movió su caña de pescar.
Estaba sentado en una roca y tenía el ceño fruncido.
—Me parece que no me estreno —rezongó.
—¿Decías algo, Ronnie…? —preguntó Kevin Arnold, sentado en otra roca, algunos metros más allá.
También tenía una caña de pescar en las manos, pero su semblante era más alegre.
—¡Que no pican, maldita sea! —barbotó Tyler.
Arnold rió.
—Paciencia, muchacho.
—Se me está acabando, Kevin.
—Y a mí —dijo Norman Kelly, situado a la derecha de Arnold.
Tampoco él había pescado nada.
Y eso que llevaban casi dos horas con la caña en las manos.
El único que había pescado algo, era Arnold.
Pero poco.
Sólo un par de peces, y más bien pequeños.
No obstante, le servían para presumir.
—Si os ponéis nerviosos, será peor — dijo Arnold —. Los peces se darán cuenta y no picarán.
—¿Qué peces? — preguntó Tyler, con sarcasmo.
—Los que hay ahí abajo.
—¿Estás seguro de que los hay, Kevin?
—Yo he sacado dos, ¿no?
—Un par de despistados, que se confundieron de zona.
—Eso —dijo Kelly.
Arnold volvió a reir.
—Yo he estado varias veces aquí, y os aseguro que es un buen lugar para pescar. A la media docenita, siempre llego.
—No será hoy, Kevin — gruñó Tyler.
—Verás como sí, Ronnie. Es sólo cuestión de tiempo.
—De días, diría yo —masculló Kelly.
—Calma, muchachos. Y mantened quietas las cañas —aconsejó Kevin Arnold—. Parece que os tiemblen en las manos, y así no es posible que los peces muerdan el anzuelo.
Ronnie Tyler volvió un instante la cabeza.
Tenía veintisiete años de edad, el pelo oscuro, y las facciones correctas. Vestía pantalón vaquero y una camiseta blanca, con un escudo en el pecho. Calzaba zapatillas de deporte.
Su cazadora, ligera y reversible, la tenía Sharon Ellery.

Era su chica.
Tenía el cabello rubio y los ojos azules, contaba veintidós años de edad, y era una joven realmente atractiva. Vestía una falda corta, lo que le permitía lucir sus bonitas piernas, y una blusa color lila, muy delgada.
Con Sharon Ellery, estaban Tina Belmont y Raquel North.
Se habían sentado, algunos metros más atrás y tomaban el sol, mientras Ronnie, Kevin y Norman pescaban.
O intentaban pescar, porque los resultados…
Tina era la chica de Kevin.
Tenía el cabello rojizo y los ojos verdosos, veintitrés años de edad, y resultaba también muy atractiva. Vestía un pantalón azul turquesa, muy ceñido, y una camiseta amarilla, que marcaba descaradamente sus erguidos senos, totalmente libres bajo la prenda.
Raquel, la chica de Norman, era morena y tenía el pelo muy rizado.
Era la más joven de las tres, ya que sólo tenía veintiún años de edad. Pero era tan bonita como Sharon y Tina, y estaba tan bien formada como ellas. Vestía tejanos azules y una liviana blusa color maquillaje, que permitía vislumbrar sus redondos senos, desnudos bajo el fino tejido.
—Somos unos perfectos idiotas —rezongó Tyler.
—¿Por qué lo dices, Ronnie? —preguntó Arnold.
—Tenemos tres bombones de chicas, y estamos perdiendo tontamente el tiempo con las cañas de pescar.
Norman Kelly volvió también la cabeza.
—Es verdad —dijo—. Mis manos podían estar acariciando los duros pechos de Raquel, en vez de sostener esta maldita caña, que no sirve para nada.
—Sí que sirve, Norman —repuso Arnold.
—Para crisparse los nervios —gruñó Kelly.
—Lo mismo digo —masculló Tyler.
—Muchachos…
—Se acabó, Kevin —le interrumpió Tyler, poniéndose en pie y sacando el anzuelo del agua —. Yo no hago más el imbécil con esta caña en las manos. Me voy con las chicas.
—Y yo —dijo Kelly, irguiéndose también.
—¡Esperad! —pidió Arnold.
—Ya hemos esperado bastante, Kevin —repuso Tyler, y fue hacia donde estaban las chicas.
Kelly le siguió.
—¡Jamás llegaréis a ser buenos pescadores! —dijo Arnold —. ¡No tenéis paciencia!
—¡Al diablo los pescadores, los peces y las cañas de pescar! —exclamó Kelly.

Sharon, Tina y Raquel rieron.
—¡Están furiosos porque no han pescado nada! —dijo la última.
—Es normal —opinó la primera —. Ronnie y Norman no tienen ninguna experiencia. Kevin, en cambio, sí la tiene.
—Pues tampoco se está luciendo — repuso la pelirroja Tina—. Ha pescado dos peces que parecen dos boquerones. Claro que a él le parecerán dos atunes.
Sharon y Raquel volvieron a reir.
Tyler y Kelly llegaron junto a las chicas y se sentaron, con el ceño arrugado.
—Os habéis cansado de aguantar la caña, ¿eh? —dijo Tina, con burlona sonrisa.
—La pesca es un deporte que no me va — rezongó Tyler.
—Ni a mi —gruñó Kelly.
—A Kevin, por el contrario, le encanta.
—Pues para él — masculló Tyler—. A mí, desde luego, no volverá a convencerme.
—A mí tampoco —dijo Kelly—. Prefiero distraerme con otras cosas — añadió, abarcando a Raquel por la cintura.
La morena le sonrió y le dio un beso en los labios.
Tyler abrazó también a su chica.
—Perdóname por haberte dejado tanto tiempo sola, Sharon.
—Perdonado —le sonrió ella, y le ofreció sus labios.
Ronnie la besó.
Tina lanzó un suspiro al ver a las dos parejas abrazarse y besarse.
—¡Eh, Kevin! —exclamó.
Arnold volvió la cabeza.
—¿Si, cariño…?
—¿Por qué no lo dejas ya y vienes conmigo?
—¡En cuanto reúna la media docena!
—¡Pero si sólo tienes dos!
—¡Los cuatro que faltan no tardarán en picar, ya verás!
Tyler y Kelly se echaron a reir.
—¡Se le va a hacer de noche, Kevin! —dijo el primero, burlón.
—¡Eso quisierais vosotros! —respondió Arnold.
—¡Como no compres los cuatro que te faltan en una pescadería, cuando regresemos a Londres, hoy no llegas a la media docena, Kevin! —aseguró Kelly.
—¡Envidia cochina! —replicó Arnold.
—¡Vamos, olvídate de la caña y ocúpate un poco de mí, Kevin! — pidió Tina.
—¡Lo siento, nena, pero quiero demostrarles a esos dos que soy un buen pescador!
Tina apretó los labios.

—¡Maldita pesca!
Ronnie, Sharon, Norman y Raquel rieron.
El primero, tras echar una mirada al cielo, dijo:
—Me temo que Kevin no tendrá más remedio que interrumpir su pesca, Norman.
—¿Por qué lo dices? —preguntó Kelly.
—Por los nubarrones que vienen por allí —Tyler los señaló con el brazo.
Norman y las chicas observaron también el cielo.
—¡Diablos, es cierto!
—Creo que vamos a tener tormenta —profetizó Sharon.
—Y de las buenas —añadió Raquel.
—Deberíamos largarnos de aquí, antes de que empiece a llover —opinó Tina.
—Díselo al Rey de la Caña —sugirió Tyler.
—¡Kevin! —gritó la pelirroja.
Arnold giró la cabeza.
—¿Qué pasa, Tina?
—¡Se avecina una tormenta!
—¿Tormenta…?
—¡Sí, por allí!
Arnold miró en la dirección que señalaba su chica y descubrió los negros nubarrones, que se desplazaban con rapidez en el cielo.
—¡Maldita sea! —barbotó.
—¡Debemos irnos, Kevin! —dijo Tina.
—¡Está bien, ya voy!
Arnold sacó el anzuelo del agua y recogió sus útiles de pesca, reuniéndose con sus compañeros.
—Conque llegarías a la media docena, ¿eh, Kevin? —dijo Kelly, sonriendo burlonamente.
—¡Por esta inoportuna tormenta, que si no…!
—Venga, metámonos en los coches antes de que estalle la tormenta —apremió Tyler.
Corrieron los seis hacia el par de vehículos, detenidos en el camino que conducía hasta aquel lugar de la costa británica, distanciado casi cien kilómetros de Londres.

CAPITULO II

El Talbot azul, era de Ronnie Tyler, y el Fiat rojo, de Kevin Arnold.
A la ida, Norman Kelly y Raquel North habían viajado en el coche de Ronnie, con éste y con Sharon Ellery, mientras que Kevin Arnold y Tina Belmont habían viajado solos en el Fiat.
El regreso, lo iban a hacer igual.
Sharon, Raquel y Tina se habían metido ya en los coches, pero Ronnie, Norman y Kevin estaban atando las cañas de pescar cuando empezaron a caer las primeras gotas.
¡Y que gotas!
¡Eran gordas como guisantes!
—¡Rápido, muchachos, o nos calaremos hasta los huesos! —apremió Ronnie.
Acabaron de atar las cañas y se introdujeron a toda prisa en los vehículos, poniéndolos en marcha.
Las nubes cubrían ya totalmente el cielo, oscureciéndolo de tal manera que Ronnie y Kevin tuvieron que encender las luces de sus respectivos coches.
Los truenos se sucedían y del cielo caían verdaderas cataratas de agua, obligando a Ronnie y Kevin a conducir despacio, porque la intensa lluvia formaba una cortina tan densa que la visibilidad, a pesar de la luz de los faros, era prácticamente nula.
Se había levantado, además, un viento muy fuerte, traído por la tormenta. Como consecuencia de ello, el mar se había embravecido y una serie de olas gigantescas azotaban la costa.
—¡Qué tormentón, madre! —exclamó Raquel, visiblemente asustada.
Norman le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.
—Tranquila, nena.
—Con la tarde tan espléndida que hacía… — observó Sharon, tan preocupada como Raquel.
—El tiempo está loco —rezongó Ronnie—. Se ha hecho de noche en menos que canta un gallo.
—¡Fijaos que relámpago! —exclamó Raquel, estremeciéndose.
Había sido tan potente, que por un instante había iluminado el negro cielo.
El trueno que se escuchó a continuación, fue ensordecedor.
El Talbot y el Fiat temblaron.
Tina Belmont se agarró de Kevin Arnold.
—¡Dios mio, Kevin!
—¡No te asustes, Tina!
—¡Los truenos me causan pánico, no puedo evitarlo! ¡Y los

relámpagos me llenan de terror!
—¡La tormenta pasará pronto, ya verás!
—¡No pierdas de vista el coche de Ronnie! ¡Este camino es muy solitario, y si se averiara nuestro coche…!
—¡No seas gafe, Tina!
El Talbot y el Fiat seguían avanzando lentamente bajo la intensa lluvia, muy cerca el uno del otro.
La violencia de la tormenta no remitía.
Continuaban los relámpagos, los truenos, el viento, el diluvio…
De pronto, el coche de Ronnie Tyler se paró.
Kevin Arnold tuvo que detener rápidamente el suyo, para no embestir al Talbot. Aún así, el parachoques del Fiat llegó a rozar la parte trasera del vehículo de Tyler.
—¡Maldita sea! —barbotó éste.
—¿Qué sucede, Ronnie…? —preguntó Sharon.
—No lo sé.
—¿No puedes ponerlo en marcha, Ronnie? —preguntó Kelly.
—Lo estoy intentando, Norman.
—¡Dios mio, lo que nos faltaba! —gimió Raquel, mucho más asustada que antes.
Kelly la abrazó.
—Calma, preciosa.
—¡El coche se ha averiado, Norman! ¡Ronnie no puede hacerlo arrancar!
—Dale tiempo, mujer.
—Eso —dijo Sharon, esforzándose por controlar su miedo, que tampoco era pequeño.
Tyler siguió luchando con el motor de su Talbot.
En el interior del Fiat, Tina Belmont temblaba.
—¡A Ronnie se le ha parado el coche, Kevin!
—¡Ya lo he visto!
—¡Parece que tiene una avería! ¡No consigue ponerlo en marcha!
—¡Por tu culpa, Tina!
—¿Qué…?
—¡Te dije que no fueras gafe! —recordó Arnold —. Hablaste de averías y ¡zas!, avería que tenemos.
—¡Nosotros, no!
—¡Para el caso es lo mismo!
—¡Empuja el Talbot, Kevin, a ver si así arranca! —sugirió Tina.
—¡No es mala idea!
Arnold hizo que el Fiat empujara al Talbot de Tyler, pero éste, a pesar de sus esfuerzos, no logró que el motor de su coche arrancara.
Y, para acabarlo de arreglar, el motor del Fiat se paró también.
—¡Maldición! —rugió Arnold.

—¿Qué pasa, Kevin…?
—¡Nosotros también tenemos avería!
—¡Oh, no!
—¡Gafe, más que gafe!
—¡Ahora no he dicho nada, Kevin!
—¡Pero lo dijiste antes! —ladró Arnold—. Hablaste de averías y ¡zas!, ¡zas!, dos en lugar de una. ¡Y casi al mismo tiempo!
Tina sintió deseos de llorar.
—¡No debes echarme las culpas a mí, Kevin! ¡No es justo!
Arnold comprendió que su chica tenía razón y la abrazó.
—Perdóname, nena. La tormenta me ha puesto de mal humor, porque impidió que siguiera pescando y completara la media docena.
—¡Estréchame fuerte, Kevin! —pidió la pelirroja.
Arnold la complació.
Entretanto, en el interior del Talbot, Ronnie Tyler decía:
—Creo que Kevin también tiene avería.
—¡Estamos listos, pues! —exclamó Raquel North.
—Hasta que no cese la tormenta, no podemos hacer nada.
—¡Y después tampoco!
Norman Kelly le acarició el negro y rizado cabello.
—Serénate, cariño. En el interior de los coches estamos seguros.
Todavía flotaban en el aire las palabras de Norman, cuando cayó un rayo sobre un árbol próximo y lo carbonizó en el acto.
Raquel lanzó un agudo chillido de terror.
También Sharon chilló.
Y Tina dentro del Fiat.
Ronnie, Norman y Kevin no gritaron, pero la verdad es que los tres quedaron muy impresionados.
El rayo podía haber caído sobre uno de los coches.
Y, ante el temor de que eso sucediera, Ronnie dijo:
—Tenemos que protegernos. En los coches no estamos seguros, como se acaba de demostrar.
—¿Protegernos dónde, Ronnie? —preguntó Norman.
—En aquel faro.
—¿Faro…?
—Está allí. Lo veréis cuando algún relámpago lo ilumine.
Norman, Raquel y Sharon esperaron la luz del siguiente relámpago.
Entonces, pudieron ver el faro.
Era viejo.
Y no tenía ninguna luz.
Parecía abandonado.

CAPITULO III

Ronnie Tyler cogió la linterna eléctrica que siempre llevaba en el coche y dijo:
—Vamos, no hay tiempo que perder. El próximo rayo podría caer sobre mi coche. O sobre el de Kevin. En el faro estaremos mucho más seguros.
Norman Kelly no discutió la idea de Ronnie.
Tampoco Raquel North y Sharon Ellery pusieron objeciones.
No podían ponerlas, después de ver cómo un rayo caía sobre un árbol próximo y lo destrozaba.
Ronnie fue el primero en salir del Talbot, con la linterna encendida. Mientras Sharon, Norman y Raquel le imitaban, Ronnie abrió la portezuela del Fiat de Kevin Arnold y gritó:
—¡Vamos a protegernos en ese faro, Kevin!
—¿En el faro...?
—¡No estamos seguros en los coches! ¡Coge tu linterna, Kevin! ¡Te hará falta!
Ronnie no dijo nada más.
Junto con Norman, Raquel y Sharon, corrió hacia el viejo faro.
—¡Vamos Tina!
—¡Nos vamos a poner hechos una sopa, Kevin! —advirtió la pelirroja.
—¿Prefieres quedarte en el coche, esperando a ver si te cae un rayo encima y te achicharra?
—¡No...!
—¡Yo tampoco!
Kevin salió del Fiat.
Tina se apresuró a imitarle.
El fuerte viento los azotó a los dos y el agua empapó sus ropas.
Kevin cogió de la mano a su chica y tiró de ella.
—¡Vamos, corre!
Entre relámpagos y truenos, alcanzaron todos el viejo faro.
Había que subir media docena de escalones para llegar hasta la puerta.
Ronnie y Sharon fueron los primeros en alcanzarla.
La puerta estaba cerrada, pero se abrió en cuanto Ronnie la empujó.
—¡Vamos, adentro!
Sharon penetró en el faro, que se hallaba totalmente a oscuras, por lo que Ronnie tuvo que dirigir el haz de luz de su linterna hacia el interior del mismo.
Norman y Raquel se introdujeron también en el faro.
Ronnie esperó la llegada de Kevin y Tina, sin dejar de alumbrar el interior del faro.

—¡Vamos, Kevin, de prisa! —apremió.
Kevin y Tina subieron rápidamente los escalones.
Justo en el instante en que alcanzaban la puerta del viejo faro, un rayo caía sobre el Fiat de Kevin Arnold.
El sistema eléctrico del coche se incendió en el acto, el depósito estalló, y el vehículo saltó en pedazos.
Ronnie se estremeció.
—¡Es tu coche, Kevin!
—¡Dios! —exclamó Arnold, abrazando a su chica.
—¡Hubiéramos muerto de habernos quedado en él! —gritó Tina, horrorizada.
Ronnie los empujó a los dos.
—¡Entrad, rápido!
Se introdujeron los tres en el faro y Ronnie cerró la puerta.
Con la luz de su linterna y la de Kevin, el interior del faro quedaba perfectamente iluminado.
Allí, en la parte baja del faro, estaba lo que debía servir de vivienda al último farero. Había una estrecha cama, una cocina, una estufa, un par de sillas, una pequeña estantería con algunos libros, revistas, objetos…
A la izquierda, estaba la escalera de caracol que conducía a la parte alta del faro.
Ronnie vio una lámpara de petróleo y se apresuró a encenderla, lo que les permitió apagar las linternas. La lámpara, sucia de polvo, como todo, hacía una luz magnífica.
—Este faro es muy antiguo —dijo Norman—. Ni siquiera tiene luz eléctrica.
—Está claro que ya no se utiliza —habló Ronnie—. Debe llevar muchos años abandonado.
—Pues yo me alegro de que todavía exista —dijo Kevin—. Tina y yo le debemos la vida.
—¡Y que lo digas! —exclamó la pelirroja, todavía con el pánico metido en el cuerpo.
—Es posible que se la debamos todos —dijo Sharon.
—Si nos llegamos a quedar en los coches… — murmuró Raquel, estremeciéndose.
—Aquí estamos seguros —dijo Norman—. Tuviste una gran idea, Ronnie.
—Lo malo es que estamos todos chorreantes… —repuso Tyler.
—No importa —dijo Kevin—. Nuestras ropas se secarán.
—Voy a ver si puedo encender la estufa.
—Qué gran idea, Ronnie.
Tyler destapó la vieja estufa, descubriendo algunos leños.
—¡Papel, rápido! —pidió.

Arnold cogió una revista, le arrancó varias páginas, y se las entregó a Tyler.
—Aquí tienes, Ronnie.
—Gracias, Kevin.
Tyler hizo una bola con las páginas de la revista, la colocó debajo de los leños, y le prendió fuego con su encendedor.
Poco después, la vieja estufa funcionaba perfectamente.
—Bien, ya podemos despojarnos de nuestras ropas mojadas —dijo Tyler, quitándose la camiseta—. Las colocaremos cerca de la estufa y se secarán con rapidez.
Kevin y Norman no tardaron en imitarle.
Sharon, Tina y Raquel, en cambio, se miraron entre sí, titubeantes.
—¿Qué pasa, os da vergüenza quitaros la ropa…? —preguntó Ronnie sonriendo—. Os advierto que así, con las ropas mojadas y pegadas al cuerpo, es como si estuvierais desnudas.
Las chicas se miraron, descubriendo que era cierto.
La camiseta de la pelirroja Tina se había adherido de tal manera a su busto, a causa del agua, que se le marcaba todo. Se le marcaba y se le veía, porque la camiseta parecía haberse vuelto transparente.
Y lo mismo sucedía con las blusas de Sharon y Raquel.
Y como ellas tampoco llevaban sujetador…
—Venga, que vais a pillar una pulmonía — apremió Kevin.
—Si no queréis que miremos, nos volveremos —dijo Norman, con irónica sonrisa.
Ronnie, Kevin y Norman estaban ya en slip.
Ronnie era alto y atlético.
Kevin, que tenía ventiséis años de edad, era de estatura media y complexión delgada, aunque fuerte.
El más fuerte de los tres, sin embargo, era Norman. Tenía veinticinco años, era aún más alto que Ronnie, y poseía unos músculos desarrollados y duros.
Tenía aspecto de luchador de “catch”.
Especialmente así, sin más prenda encima que el slip.
Sharon, Tina y Raquel se hicieron el ánimo y empezaron a desnudarse también, quedando las tres en pantaloncitos. No los tenían mojados, sino solamente húmedos, como Ronnie, Kevin y Norman los slips, así que no era necesario desprenderse de ellos.
Bastaba con acercarse a la vieja estufa y recibir el calor de sus llamas.
Y eso hicieron los seis, después de extender sus ropas mojadas alrededor de la estufa, para que se secaran más rápidamente.
Afuera, seguían los relámpagos, los truenos, el viento racheado y la lluvia, porque la virulencia de la tormenta no cedía.
—¿Te fricciono el cuerpo, Tina? —sugirió Kevin.
—Tú lo que quieres es tocarme —respondió la pelirroja, con los brazos

cruzados sobre su busto, al igual que Sharon y Raquel.
—Está bien, olvídalo.
—Oye, que no he dicho que no… —sonrió picaronamente Tina.
Kevin rió y la abrazó.
Ronnie hizo lo propio con Sharon, y Norman con Raquel.
De pronto, Tina dio un grito y se arqueó hacia adelante.
—¡Eres un bruto, Kevin!
Este se quedó mirándola con gesto de perplejidad.
—¿Por qué me llamas bruto?
—¡Me has pellizcado con demasiada fuerza!
Kevin parpadeó.
—¿Qué yo te he pellizcado…?
—¡Sí, en el trasero!
—Te juro que yo no he sido.
—¿Y quién ha sido, entonces…? ¿Ronnie…? ¿Norman…? —la pelirroja los miró a los dos, ceñuda.
Tyler movió la cabeza.
—Yo no sé nada, Tina. Mis manos no se han separado del cuerpo de Sharon.
—Ni las mías del cuerpo de Raquel —aseguró Norman Kelly.
—Puedo dar fe de ello, Tina —dijo Sharon.
—Y yo —habló Raquel.
—¡Pues a mí me ha pellizcado alguien! —insistió Tina—. ¡Y me ha hecho mucho daño!
—Confiesa que has sido tú, Kevin —dijo Tyler.
—Yo no suelo pellizcar en plan salvaje, Ronnie —repuso Arnold—. Y Tina lo sabe.
La pelirroja iba a decir que era verdad, que Kevin cuando la pellizcaba, no solía hacerle daño, pero, justo en ese momento, Sharon daba un chillido y se arqueaba también hacia adelante.
—¡Animal!
Ronnie denotó sorpresa.
—¿A quién llamas animal?
—¡Al que me ha pellizcado! —respondió Sharon agarrándose el trasero.
—Yo no he sido, te lo prometo.
—¿Quién, entonces…?
Todas las miradas se volvieron hacia Norman Kelly.
Este se puso nervioso.
—¿Por qué me miráis a mí?
—Has sido tú, ¿verdad? —rezongó Ronnie.
—¿Yo…?
—Pellizcaste a Tina, y ahora has pellizcado a Sharon —masculló Kevin —. ¿Es que no te basta con el trasero de Raquel, Norman?

—¡Pero si no he pellizcado a nadie! —aseguró Kelly—. ¡No he dejado de abrazar a Raquel! ¡Que lo diga ella!
La morena vaciló.
—Bueno, yo juraría que las manos de Norman no se han separado en ningún momento de mi cuer… ¡Aúuuuuu…!
Como al mismo tiempo que aullaba, Raquel se arqueaba hacia adelante, nadie dudó que acababa de recibir un pellizco en el trasero, tan doloroso como los que poco antes recibieran Tina y Sharon.
Norman puso una cara muy rara.
—¿Por qué aúllas como un lobo, Raquel…?
—¿Y todavía lo preguntas? —rugió la morena.
—Bueno, yo…
—¡Toma, por salvaje! —le interrumpió Raquel, y le dio una bofetada con la mano derecha—. ¡Y esta otra, por cínico! —añadió, abofeteándole ahora con la izquierda.
Tras el par de “galletas”, Kelly se quedó de muestra.
—Me has…, me has sacudido, Raquel… —balbuceó, llevándose las manos a las mejillas.
—Te lo merecías, Norman —dijo Ronnie.
—Sí, no estuvo bien lo que hiciste —rezongó Kevin.
—Deberías darle una tercera bofetada por mí, Raquel —dijo Tina.
—Y una cuarta por mí —añadió Sharon.
Las tres se estaban masajeando el trasero.
De repente, Sharon y Tina gritaron de nuevo y volvieron a arquearse.
Y, apenas un segundo después, gritaba y se arqueaba Raquel.
¡Las tres habían sido pellizcadas de nuevo!
¡Y Norman no podía ser, porque seguía con las manos en las mejillas!
¡Tampoco Ronnie o Kevin, ya que en ese momento tenían ambos las manos en los hombros de Sharon y Tina, respectivamente!
¡Las chicas habían sido pellizcadas por unas manos invisibles…!

CAPITULO IV

Naturalmente, Raquel North no abofeteó a Norman Kelly esta vez.

No había separado las manos de sus enrojecidas mejillas.

Y tampoco podía culpar a Ronnie Tyler o Kevin Arnold, después de verlos con las manos en los hombros de Sharon Ellery y Tina Belmont, respectivamente.

Lo mismo les había sucedido a Sharon y Tina.

Ninguna de las tres se lo explicaba.

Ronnie, Kevin y Norman, igualmente desconcertados, se miraron entre sí.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —murmuró el primero.

—¿Quién pellizca a las chicas? — se preguntó el segundo.

—Nosotros, desde luego, no —dijo Norman—. Me he fijado en vuestras manos, y no se han movido. Y yo tenía las mías en la cara.

Las chicas se aterrorizaron.

—¡Aquí hay alguien más! —gritó Sharon.

—¡Y es invisible! —chilló Tina.

—¡Debe tratarse de un fantasma! —exclamó Raquel—. ¡De un espíritu maligno…!

Las palabras de la morena acentuaron el terror de Sharon y Tina.

Las tres se abrazaron con fuerza a Norman, Ronnie y Kevin, respectivamente.

—¡Larguémonos de aquí, Norman! —pidió Raquel.

—¡No quiero ser pellizcada por manos invisibles! —gritó Sharon.

—¡Es el fantasma del faro…! —chilló Tina.

Ronnie masculló una imprecación.

—¡No digáis tonterías, por favor!

—¿Tonterías? —repitió Sharon.

—¡Lo sucedido debe tener una explicación lógica!

—¡Hemos sido pellizcadas, Ronnie! ¡Y no hemos podido ver por quién!

—¿No lo habréis imaginado? —preguntó Kevin.

—¿Imaginado…? —exclamó Tina—. ¡Seguro que tengo dos buenas marcas en mi grupa!

—¡Y yo! —dijo Raquel.

—¿Queréis que os las enseñemos? —preguntó Sharon.

Ronnie carraspeó.

—No es necesario. Yo, al menos, no dudo que las tres fuisteis pellizcadas, fuertemente y por dos veces. Pero no puedo admitir que fuera cosa de un fantasma o de un espíritu, más que maligno, picarón y admirador de los traseros femeninos. Insisto en que lo sucedido debe tener una explicación lógica.

—Yo opino como tú, Ronnie —dijo Kevin—. Y sugiero que la busquemos.
—¿Buscar a quién? —respingó Tina.
—la explicación.
—¡Yo voto porque nos larguemos! —exclamó Raquel.
—¿Con esta furiosa tormenta…? —repuso Norman—. ¡Sería una locura!
—¿Has olvidado lo que pasó con mi coche, Raquel? —recordó Kevin.
La morena se mordió los labios.
—No, no lo he olvidado.
—Estoy seguro de que Tina tampoco.
—Desde luego que no —murmuró la pelirroja.
Ronnie tomó la palabra de nuevo:
—Tenemos que seguir aquí. No podemos abandonar el faro. La tormenta continúa, es de noche, el coche de Kevin saltó por los aires, y el mío esta averiado. Nos encontramos, además, en un lugar solitario. No hay ningún pueblo cercano, y estamos muy lejos de Londres. Como muy bien dijo Norman, sería una locura salir de este faro en estas circunstancias.
—Totalmente de acuerdo, Ronnie —dijo Kevin.
Las chicas se resignaron.
—Está bien, sigamos aquí —suspiró Sharon—. Pero como nos sigan pellizcando tan dolorosamente, y continuemos sin saber quién, soy capaz de abrir la puerta y abandonar este misterioso faro tal como voy.
—Creo que yo también echaré a correr en bragas —dijo Raquel—. No sabré dominar mi terror si vuelvo a ser pellizcada por unas manos invisibles.
—Ni yo —habló Tina.
—¿Por qué no echamos una mirada arriba, Ronnie? —siguió Norman.
—Es una buena idea —respondió Tyler.
—Subamos —dijo Arnold.
Tina lo frenó.
—Un momento, Kevin.
—¿Qué te ocurre, cariño?
—Nada se nos ha perdido arriba, así que sugiero que continuemos aquí abajo, cerca de la puerta, por si las moscas.
—Opino lo mismo —dijo Raquel—. Cuanto más cerca estemos de la salida, mejor.
—Yo tampoco tengo ningún interés por saber lo que hay arriba —confesó Sharon.
—Puede estar la clave de todo —dijo Ronnie—. Insisto en que debemos echar una ojeada.
—Subamos, muchachos —habló Norman—. Si las chicas no desean

acompañarnos, que se queden aquí abajo.
—Eso —dijo Kevin.
—¡Ni hablar! —gritó Tina, agarrándose de él—. Si vosotros subís, nosotras también.
Sharon se cogió de Ronnie diciendo:
—Ni por todo el oro del mundo nos quedaríamos solas aquí abajo.
—Desde luego que no —rezongó Raquel, agarrándose de Norman.
Ronnie cogió la lámpara de petróleo y fue hacia la escalera de caracol, seguido por los demás.
Empezaron a subir los peldaños.
Debido a la estrechez de la escalera, tenían que subir uno detrás de otro.
Ronnie iba delante, iluminando la escalera con la lámpara.
Le seguían Sharon, Kevin, Tina, Raquel y Norman, que era quien cerraba la marcha.
Y por eso, por ser el último, le pasó lo que le pasó.
¡Alguien le bajó el slip!
¡Súbitamente!
¡De un zarpazo!
Kelly no pudo reprimir un grito.
Y claro, todos se alarmaron.
—¿Qué te ocurre, Norman…? —preguntó Tyler, parándose.
—¡Me han dejado con el culo al aire!
—¿Qué…? —exclamó Arnold.
—¡Es verdad! —gritó Raquel, al ver que Norman se estaba subiendo el slip.
Kelly se había vuelto, furioso, pero no descubrió a nadie detrás.
—¡Ha sido el fantasma del faro…! —chilló Tina.
—¡El espíritu maligno…! —añadió Sharon.
—¡Ha vuelto a actuar…! —gritó Raquel.
Las tres temblaban alarmantemente, y si no echaron a correr, fue porque no podían. Ni escaleras arriba, ni escaleras abajo, porque ellas estaban en medio.
Ronnie apretó los dientes.
—¿Ves algo, Norman?
—No.
—¿Y estás seguro de que te han bajado el slip?
—¿No se te habrá enganchado con algo? —intervino Kevin.
—No, me lo bajaron de un zarpazo. Me di cuenta perfectamente —masculló Norman.
—No podemos quedarnos aquí, parados en la escalera —rezongó Ronnie—. Sigamos subiendo.
Se pusieron en movimiento los seis.
Norman, ahora, subía los peldaños prácticamente de espaldas, para

ver los que sucedía tras él.
Pero llegaron arriba sin que sucediera nada más.
La lámpara de petróleo iluminó perfectamente la parte alta del viejo faro. Naturalmente, allí no había nadie. Sólo los objetos que utilizara el último farero, sucios de polvo.
Los cristales que rodeaban la torreta del faro, estaban sucios también, pero intactos. No había ninguno roto, por lo que ni el viento ni la lluvia penetraban en la torreta.
Desde allí arriba, la tormenta resultaba aún más impresionante.
Los relámpagos iluminaban el mar, que, enfurecido, levantaba unas olas gigantescas y las enviaba contra la costa. Después, cada trueno hacía temblar los cristales de la torreta.
Sharon se abrazó a Ronnie.
—¡Es la tormenta más terrible que he visto jamás!
—¡Y su violencia no remite! —añadió Tina.
—¡Parece que quiere durar toda la noche! —dijo Raquel.
Norman no perdía de vista la escalera de caracol.
Ronnie se dio cuenta de ello y preguntó:
—¿Ha vuelto a suceder, Norman?
—¿Qué?
—Si te han dejado nuevamente con el culo al aire.
—No.
Kevin sonrió y dijo:
—Parece que el fantasma del faro se interesa también por los traseros masculinos.
—No es para tomárselo a broma, Kevin —gruñó Kelly.
—¿Te pellizcó, Norman, o se limitó a bajarte el slip?
—Te divierte lo que pasó, ¿eh?
—Sólo trato de averiguar si el fantasma del faro es homosexual.
Cara le costó la broma a Kevin Arnold, porque recibió un golpe en sus órganos masculinos y cayó de rodillas, dando un tremendo alarido, mientras se llevaba las manos al bajo vientre.
A continuación, recibió un puñetazo en la cara y cayó de espaldas.
Todos puedieron ver que Kevin empezaba a sangrar por la nariz.
Lo que no pudieron ver, es quién le golpeaba, porque se trataba de alguien invisible.

CAPITULO V

Por fortuna, Kevin Arnold no recibió más golpes.
No obstante, continuó tirado en el suelo, encogido, rabiando de dolor, porque el rodillazo en los genitales había sido tan duro como certero.
Ronnie Tyler, que había dejado la lámpara de petróleo sobre una pequeña mesa, reaccionó y se arrodilló junto a él.
—¡Kevin!
—¡Me han golpeado, Ronnie!
—Tu broma le sentó mal.
—¿A quién?
—Al tipo que le bajó el slip a Norman.
—¿Por eso me atizó? ¿Por lo que dije…?
—Sospecho que sí.
Kevin, con los ojos llorosos, porque el terrible dolor le había hecho saltar las lágrimas, miró a su alrededor.
—¿Quién es, Ronnie…? ¿Por qué no podemos verle…? ¿Qué extraño poder posee?
Tyler miró también a su alrededor, pero sólo vio a Norman y a las chicas, paralizados los cuatro después de lo sucedido.
—No lo sé, Kevin —respondió.
—¿Será realmente un fantasma…? ¿Un espíritu maligno…? ¿Un ser inmaterial…?
—¡Seguro que lo es! —gritó Tina.
—¡Este faro está maldito! —chilló Raquel.
—¡Debemos abandonarlo inmediatamente! —aconsejó Sharon.
—La tormenta sigue —recordó Ronnie—. No podemos dejar el faro.
—Aquí también corremos peligro —repuso Norman—. No sabemos a quién nos enfrentamos, no podemos verle, y por lo tanto, no podemos defendernos de él. Puede atacarnos cuando quiera y por donde quiera. Los pellizcos a las chicas, no tuvieron mayor importancia. Y mi bajada de slip, más pareció una broma del ser invisible. Lo que le ha hecho a Kevin, en cambio, es mucho más serio. Demuestra que el tipo, o lo que sea, es violento y tiene malas pulgas.
—Si no nos metemos con él, es posible que nos deje tranquilos —repuso Ronnie—. Quizá sólo quería jugar un poco con nosotros, pero la broma de Kevin lo enfureció y …
—No le gastaré ninguna más, te lo aseguro —dijo Arnold.
—Creo que debemos seguir cobijados en el faro hasta que cese la tormenta. ¿Tú que dices, Kevin?
—Pienso como tú, Ronnie.
—¿Norman…? —consultó Tyler.

—De acuerdo, quedémonos. Pero, en cuanto pare la tormenta, nos largamos, ¿eh?
—Sí.
—Bien.
—¿Te ayudo a levantarte, Kevin?
—Sí, por favor.
Con la ayuda de Ronnie, Kevin se puso en pie.
Tina le atendió la nariz.
—Estas sangrando, Kevin…
Arnold se pasó el dorso de la mano por el labio superior.
—Fue un puñetazo muy duro. Aunque, comparado con el rodillazo que me atizó entre los muslos, resultó una caricia.
La pelirroja se mordió los labios.
—¿Te duele mucho, Kevin?
—Tanto, que puedes despedirte de hacer el amor conmigo en los próximos siete días. Eso, como mínimo.
—¿Quién piensa en hacer el amor, ahora?
Se escuchó una carcajada.
Bronca.
Siniestra.
Con un eco que ponía los pelos de punta.
Parecía llegar del Más Allá.
Del reino de los espíritus.
De las tinieblas…
Tina se abrazó a Kevin, aterrorizada.
—¡Es la risa del fantasma!
—¡Se está burlando! —gritó Sharon, que se había abrazado a Ronnie.
—¡Creo que me voy a desmayar! —chilló Raquel, entre los musculosos brazos de Norman.
Este, Ronnie y Kevin no dijeron nada.
No sabían dónde mirar, porque, miraran donde mirasen, no conseguían ver al tipo que había lanzado la tenebrosa carcajada.
El ser invisible no volvió a reir.
Ni a actuar.
—Será mejor que volvamos abajo —dijo Ronnie, cogiendo la lámpara de petróleo.
Kevin, Norman y las chicas estuvieron de acuerdo.
Empezaron a bajar la escalera.
Lo hicieron en el mismo orden que al subir, por lo que Ronnie iba delante y Norman el último.
De pronto, se escuchó un fuerte maullido.
Y sonó arriba, en la torreta.
—¡Es un gato! —gritó Raquel.
—¡Está arriba! —dijo Norman.

—Arriba no había ningún gato —recordó Kevin.
—¡Pues ahora lo hay! —repuso Tina.
Se escuchó otro maullido.
Fiero.
Rabioso.
El gato, no cabía duda, estaba enfurecido.
Y un gato enfurecido, es un animal muy peligroso, por lo que Sharon chilló:
—¡Bajemos, rápido!
Ronnie, empujado por Sharon, acabó de bajar la escalera con mucha ligereza. Corriendo, también, la bajaron Sharon, Tina, Kevin, Raquel y Norman.
En la torreta del faro, el gato seguía maullando con rabia.
Ahora, claro, sus maullidos sonaban más lejanos.
De repente, sin embargo, empezaron a oírse más próximos.
¡El gato estaba bajando la escalera!
¡Venía a por ellos!
¡Iba a atacarles!
Sharon, Tina y Raquel lo adivinaron y se pusieron a chillar histéricamente.
—¡Salgamos de aquí!
—¡El gato se nos echará encima!
—¡Huyamos…!
Como se iban ya las tres hacia la puerta, Ronnie gritó:
—¡Norman, Kevin, detened a las chicas! ¡Yo me ocupo del gato!
Sharon, Tina y Raquel fueron sujetadas por Norman y Kevin.
El gato seguía bajando la escalera de caracol, sin dejar de maullar de forma escalofriante.
Ronnie empuñó el hierro que servía para avivar el fuego de la estufa y esperó valientemente la aparición del gato rabioso.
De pronto, cuando parecía que el felino iba a surgir y atacar a Ronnie, cesaron los furiosos maullidos y se escucharon varias carcajadas seguidas, tan siniestras y estremecedoras como la que se oyó minutos antes en la torreta del faro.
Ronnie Tyler adivinó lo sucedido y dijo:
—No hay ningún gato en el faro. Los maullidos rabiosos los fingía el tipo que golpeó a Kevin. Ha querido asustarnos, y como lo ha conseguido, ahora se está riendo a gusto.

CAPITULO VI

Las espeluznantes carcajadas cesaron también.
A pesar de ello, y de las palabras de Ronnie, asegurando que no había gato alguno en el faro, Sharon, Tina y Raquel se tranquilizaron muy poco.
Kevin y Norman las sujetaban, impidiendo que alcanzaran la salida del viejo faro.
Ronnie, sin soltar el hierro que empuñara para hacer frente al supuesto gato rabioso, rezongó:
—Se está divirtiendo a nuestra costa, no hay duda. Y es posible que no tarde en gastarnos una nueva broma. Os lo advierto para que estéis preparadas, chicas. No quiero que salgáis del faro en braguitas. El tipo se partiría de risa.
—¿No estarán secas ya nuestras ropas? —preguntó Sharon, con temblorosa voz.
Ronnie echó una mirada a las distintas prendas.
—Los pantalones y tu falda, no. Las camisas, las blusas y las camisetas, parece que sí. Yo voy a enfundarme la mía.
Ronnie cogió su camiseta y se la puso.
Tina se enfundó la suya, y Sharon y Raquel se colocaron sus respectivas blusas. También Kevin y Norman se pusieron sus camisas.
—Dentro de un rato, los pantalones y la falda de Sharon estarán también secos y nos los podremos poner —dijo Ronnie.
—Y si la tormenta ha amainado, nos largaremos —agregó Sharon.
—Desde luego —asintió Norman—. No quiero que Raquel vuelva a abofetearme por culpa del fantasma del faro. O de lo que sea.
La morena se mordisqueó los labios, avergonzada.
—Lo siento, Norman. Estaba tan convencida de que los pellizcos era cosa tuya…
—¿Te había pellizcado alguna vez así de fuerte?
—No.
—Debiste preguntar, antes de sacudir.
—Perdóname, Norman.
—Te perdono, pero los dos sopapos no hay quien me los quite —rezongó Kelly.
Raquel se pegó a él y le acarició suavemente las mejillas.
—Sabré recompensarte, Norman.
—Seguro que sí —sonrió Kelly, rodeándola con sus fuertes brazos.
Se besaron, recreándose en la acción.
Ronnie, Sharon, Kevin y Tina los miraban, pero dejaron de prestarles atención cuando vieron que unían sus bocas.

Por eso no vieron que unas manos invisibles tiraban suavemente del pantaloncito de Raquel, hasta dejarla con su prieto trasero al aire.
La morena se dio cuenta de que sus braguitas bajaban, pero pensó que era cosa de Norman, que deseaba acariciarle las nalgas. Y como había prometido recompensarle por lo de las injustas bofetadas, no puso objeciones.
Efectivamente, unas manos acariciaron y oprimieron su desnuda grupa, pero no eran las de Norman. Después, Raquel sintió que unos labios se posaban en su nalga derecha y luego en la izquierda, depositando un beso en cada una de ellas.
La morena se tensó como la cuerda de un arco, porque lo de los besos no podía ser cosa de Norman, ya que éste la estaba besando en los labios.
Estaba empezando a pensar en el fantasma del faro, cuando unos dientes se clavaron con fuerza en su nalga zurda.
Raquel lanzó un chillido, mezcla de dolor y de terror, pues adivinaba que estaba siendo mordida por el espíritu del faro, el fantasma, o lo que fuera.
Ronnie, Sharon, Kevin y Tina volvieron los ojos hacia ella instantáneamente, alarmados, y descubrieron que la morena tenía el pantaloncito bajado y mostraba su precioso trasero.
Norman, igualmente alarmado por el chillido de su chica, exclamó:
—¿Qué te sucede, Raquel…? ¿Otro pellizco…?
—¡Un mordisco! —gritó la morena, llevándose la mano a la grupa.
—¿Qué…?
—¡Me han mordido en el trasero, Norman!
Kelly la obligó a darse la vuelta y descubrió que su chica estaba con el trasero al aire. Descubrió, también las recientes huellas de unos dientes en la nalga izquierda.
—¡Ha sido el fantasma! —chilló Raquel—. ¡Me bajó las bragas, me acarició las nalgas, me las besó, y después me arreó el furioso mordisco!
Kelly dilató los ojos.
—¿Te hizo todo eso, y no dijiste nada…?
—¡Pensé que eras tú, Norman!
—¿Yo…?
—¡Bueno, hasta que sentí que me besaban el trasero! ¡Entonces comprendí que no podías ser tú!
Kelly sufrió un ataque de cólera.
—¡Ese maldito se ha estado aprovechando de ti!
Tras las furiosas palabras de Norman Kelly, se escuchó una escalofriante carcajada.
—¡El espíritu maligno…! —chilló Tina Belmont, protegiéndose su trasero, por si acaso.

Sharon Ellery se protegió también el suyo.
—¡Dios mío, Ronnie! —gritó, aterrorizada.
Raquel North ya se estaba subiendo las braguitas.
—¡No vuelva a morderme, por favor! —suplicó—. ¡Me ha hecho mucho daño!
Norman dio un salto hacia adelante, con los puños rabiosamente apretados.
—¡Da la cara, cobarde! ¡Déjate ver y conocerás la dureza de mis puños!
Raquel se estremeció.
—¡No lo desafíes, Norman! ¡Recuerda lo que le hizo a Kevin!
—¡Porque es un gallina! ¡Si tuviera lo que tenemos los hombres, no atacaría traidoramente! ¡Daría la cara y yo se la partiría!
El ser invisible, furioso por las palabras de Norman Kelly, entró inmediatamente en acción.
Norman recibió un puñetazo en la boca y sus dos labios empezaron a soltar sangre.
—¡El fantasma le está atacando…! —gritó Kevin Arnold.
—¡Le ha partido la boca! —chilló la pelirroja Tina.
Ronnie Tyler decidió ayudar a Norman.
Seguía empuñando el hierro de avivar el fuego de la estufa, aunque no sabía si serviría de algo, dadas las especiales características del enemigo al que se enfrentaban.
Kelly se había llevado las manos a la boca, tras el doloroso puñetazo, que le había hecho gritar. Pero, cuando gritó de verdad, fue cuando la rodilla del ser invisible se incrustó en su slip, pillándole de lleno sus atributos masculinos.
Naturalmente, se desplomó en el acto y empezó a retorcerse en el suelo, ahogado de dolor.
Ronnie descargó el hierro que esgrimía, pero sólo golpeó el aire.
El ser invisible lanzó una de sus broncas y siniestras carcajadas, como burlándose de la fallida acción de Ronnie Tyler.
—¡Maldito! —rugió éste, y descargó de nuevo el hierro, en otra dirección.
Volvió a golpear solamente la atmósfera.
Tras su inútil ataque, recibió un terrible golpe en los riñones y cayó al suelo, dando un rugido de dolor.
—¡Ronnie…! —chilló Sharon, estremecida.
Kevin Arnold se dijo que no podía quedarse con los brazos cruzados mientras Norman y Ronnie luchaban con el espíritu del faro, o lo que fuera.
No estaba en condiciones de pelear, desde luego, porque todavía acusaba el golpe que recibiera en los genitales, pero tenía valor y eso le impulsó a salir en defensa de sus compañeros.

—¡Déjate ver de una vez, condenado! —rugió—. ¡Peleas con ventaja y eso es de cobardes!

Todavía no se había extinguido el eco de sus palabras, cuando recibió un durísimo puñetazo en el estómago.

Kevin se encogió, emitiendo un grito.

Entonces, un puño invisible se estrelló en su sien derecha, y lo tiró al suelo.

—¡Kevin…! —gritó Tina, angustiada.

Norman no podía levantarse.

Kevin, tampoco.

Ronnie lo intentó, a pesar del dolor que sentía en los riñones, pero entonces recibió un hachazo en la nuca y se estrelló de bruces contra el suelo.

No llegó a perder totalmente el conocimiento, pero casi.

El terror de Sharon, Tina, y Raquel, al verlos a los tres tumbados en el suelo, sin fuerzas para levantarse, aumentó considerablemente, pues temían que el fantasma del faro las atacase ahora a ellas.

Desgraciadamente, así fue.

El ser invisible empezó por Sharon, haciéndole saltar todos los botones de la blusa de un furiosos zarpazo.

La muchacha chilló y se apresuró a cerrarse la blusa, porque había quedado con los pechos al aire. Mientras lo hacía, las manos invisibles tiraron bruscamente de su prenda íntima, bajándola hasta sus rodillas.

Sharon volvió a chillar y, olvidándose de la blusa, intentó subirse el pantaloncito y cubrir su intimidad.

No pudo.

El fantasma la agarró con fuerza y la derribó, dejándola boca abajo.

Sharon sintió las manos del ser invisible en su trasero desnudo.

Su boca.

Sus dientes.

Sharon chilló agudamente, porque el mordisco fue muy doloroso.

Al ver lo que el fantasma estaba haciendo con su compañera, Tina y Raquel corrieron hacia la salida del faro, dominadas por un pánico infinito.

No pensaban en nada.

Sólo en huir.

En escapar de aquel maldito faro.

Del fantasma que moraba en él.

Ni se acordaban de la furiosa tormenta, de los potentes relámpagos, de los ensordecedores truenos, del fuerte viento, y de la intensa lluvia.

Ni siquiera del rayo que destrozó el Fiat de Kevin.

Lo que estaba sucediendo en aquel viejo faro abandonado, era mucho más terrorífico. Al fin y al cabo, una tormenta, por violenta que fuera, era algo natural.

Lo que estaba ocurriendo en el faro, en cambio, era sobrenatural.
De ahí que Tina y Raquel hubieran decidido huir, despavoridas.
Ya habían alcanzado la puerta.
Sin embargo, no podían abrirla.
Lo intentaban las dos a la vez, pero no conseguían mover la puerta.
Parecía atascada.
¿Tendría algo que ver en ello el fantasma del faro…?
Tina y Raquel se volvieron.
Sharon ya no estaba tumbada de bruces, sino de espaldas, y luchaba desesperadamente con el ser invisible que le había hecho saltar todos los botones de la blusa y luego le había bajado el pantaloncito.
La blusa, ahora, la tenía abierta de par en par, porque el fantasma se estaba ocupando de sus pechos. Se los oprimía, se los besaba, se los mordía sin la menor delicadeza…
Sharon lanzaba un chillido tras otro.
Y es que temía que el fantasma la violara.
¿Podría hacerlo…?
Sharon pensaba que sí, porque si podía hacer todo lo demás…
Por suerte para ella, se quedó sin saberlo.
Por el momento, al menos.
El ser invisible la había soltado.
Y es que había decidido ocuparse de las otras dos chicas.
Tina y Raquel parecieron adivinarlo, al ver que Sharon dejaba de luchar, de gritar, se cerraba la blusa, y se subía precipitadamente las braguitas.
—¡El fantasma viene por nosotras, Raquel…! —chilló la pelirroja.
—¡Dios mio, no…! —gritó la morena.
Redoblaron sus esfuerzos por abrir la puerta, pero no lo consiguieron y el ser invisible cayó sobre ellas.

CAPITULO VII

Las derribó a las dos a la vez, pero se ocupó primero de Tina.
La despojó de la ceñida camiseta y del pantaloncito, dejándola completamente desnuda.
De nada sirvió que la pelirroja chillara, braceara y pataleara como una posesa. El ser invisible la puso boca abajo y empezó a ocuparse de su redondo trasero.
Raquel trató de alejarse a gatas, pero el fantasma le atenazó el tobillo derecho y tiró de ella con fuerza, haciéndola caer de bruces.
Entonces, le arrancó el pantaloncito de un zarpazo y volvió a dejarla con las posaderas al aire, como cuando la morena y Norman se estaban besando, abrazados.
El ser invisible no se conformó con eso y le quitó también la blusa, dejándola tan desnuda como Tina.
Las dos chillaban como locas, pero eso no las libró del fantasma, que las toqueteó, las besó y las mordió por turnos, aunque en ningún momento intentó poseerlas.
Sharon las miraba y pensaba que sí, que el espíritu maligno que habitaba en aquel viejo faro acabaría violándolas, y que no la había violado a ella porque Tina y Raquel intentaban escapar, lo que obligó al fantasma a desentenderse momentáneamente de ella y correr hacia sus compañeras, para evitar que abrieran la puerta y abandonasen el faro.
Entretanto, Norman Kelly se había ido recuperando del terrible rodillazo que recibiera en sus órganos masculinos, y como veía lo mal que lo estaban pasando Raquel y Tina, intentó levantarse, al tiempo que rugía:
—¡Déjalas, cerdo invisible!
Ronnie Tyler, bastante recuperado también del golpe que el fantasma le propinara en la región renal, y del hachazo en la nuca, trató asimismo de ponerse en pie.
—¡Apártate de ellas, puerco! —gritó.
Kevin Arnold se irguió con alguna dificultad, como sus compañeros y dijo:
—¡Ataquémosle los tres a la vez! ¡Puede que así lo atrapemos!
Ronnie, Norman y Kevin se arrojaron sobre Tina y Raquel, convencidos de que el fantasma, o lo que fuera, se hallaba encima de ellas.
Así era, en efecto, pero ellos no tocaron más cuerpos que los de la pelirroja y la morena.
Un par de segundos después, volvía a oírse la risa de ultratumba del

ser invisible, que se burlaba del fracaso de Ronnie, Norman y Kevin.
—¡Maldita sea! —rugió el primero.
—¡Es imposible atraparlo! —barbotó el segundo.
—¡Es un ser inmaterial! —dijo Arnold—. ¡No podemos tocar su cuerpo!
Sharon Ellery estaba sentada en el suelo.
No se atrevía a ponerse en pie.
Se había atado la blusa bajo los senos y, con ojos espantados, presenciaba lo que estaba ocurriendo.
De pronto, sintió que alguien la agarraba y la levantaba como si fuera una muñeca de trapo.
¡Era el fantasma!
¡Se la había echado al hombro!
¡Y corría con ella hacia la escalera!
Sharon creyó morirse de pánico.
—¡Socorro…! —chilló.
—¡Sharon! —exclamó Ronnie.
—¡Es el fantasma! —gritó Kevin.
—¡Se la lleva! —dijo Norman.
Ronnie se irguió con rapidez, cogió el hierro de avivar el fuego de la estufa con su mano derecha y su linterna con la izquierda, y se lanzó hacia la escalera.
Norman se puso también en pie.
—¡Quédate con las chicas, Kevin! ¡Yo voy con Ronnie!
—¡No! —gritó Raquel, agarrándole de una pierna.
Kelly se soltó de ella.
—¡Tengo que ayudarle! ¡El fantasma tiene a Sharon!
—¡Norman…!
Kelly no hizo caso y corrió en pos de Tyler, quien ya subía la estrecha escalera de caracol, iluminándola con su linterna eléctrica.
Arnold sintió deseos de subir con ellos, pero comprendía que no debía dejar solas a Tina y Raquel, con lo aterrorizadas que estaban las dos, después de los que les había sucedido.
La pelirroja se había abrazado a él.
Seguía desnuda y le temblaba todo.
Raquel sollozaba, tirada en el suello, también sin ropa alguna.
Kevin acarició la espalda de su chica.
—No debéis seguir desnudas, Tina. Ponte la camiseta. Y el pantaloncito. Y tú también, Raquel.
La morena se colocó la blusa y se la ató a la cintura, después de ponerse su prenda íntima. Seguía sollozando y sus temblores eran parecidos a los de Tina.
Esta se había puesto también el pantaloncito y la camiseta.
De repente, se escuchó un aullido de lobo.

Llegaba de arriba, de la torreta del faro.
Tina y Raquel se apretujaron contra Kevin, mientras se preguntaban qué estaría sucediendo allí.
Kevin también se lo preguntaba, estremecido, porque cualquier cosa podía ocurrir en aquel maldito faro.

* * *

El aullido del lobo sonó cuando Ronnie Tyler estaba a punto de alcanzar la torreta del faro, lo que le hizo detenerse un instante.
Norman Kelly también se detuvo, algunos peldaños más abajo.
Había cogido la linterna de Kevin Arnold, y con ella se alumbraba.
El aullido había sido estremecedor, pero Ronnie pensó que lo había lanzado el fantasma. Que estaba imitando al lobo, como antes imitara al gato.
Ronnie subió los pocos peldaños que faltaban.
Estaba preocupado porque no oía gritar a Sharon.
¿Qué le habría sucedido?
¿Qué le habría hecho el fantasma?
Cuando llegó arriba y alumbró la torreta del faro con su linterna, descubrió a Sharon tendida en el suelo, boca arriba, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados.
Se había desvanecido.
Ronnie iba ya hacia ella, cuando se escuchó un segundo aullido de lobo, tan escalofriante como el anterior.
Y, esta vez, el aullido no era fingido.
No lo había lanzado el fantasma del faro, sino un lobo de verdad.
¡Estaba allí!
¡En la torreta!
¡Había aparecido de pronto, junto al cuerpo inmóvil de Sharon!
¡Era un lobo enorme!
¡Fiero!
¡Con unos colmillos que helaban la sangre!
Instintivamente, Ronnie dio un paso atrás.
Justo en ese momento, Norman alcanzaba la torreta.
Al ver al gigantesco lobo, se quedó clavado.
—Dios mío… —musitó, sintiendo un frío intenso por todo su cuerpo.
El lobo lanzó un tercer aullido y saltó sobre Ronnie y Norman, para hacerlos pedazos con sus terroríficos colmillos.

CAPITULO VIII

Ronnie Tyler fue capaz de reaccionar.
Era un tipo con agallas, y lo demostró atizándole con el hierro que empuñaba al enorme lobo, en toda la cabeza.
El animal aulló de dolor y cayó al suelo.
El hierro le había abierto una brecha en su cabezota, y la sangre brotaba ya, muy roja.
Ronnie no le dio tiempo de recuperarse del golpe.
Le clavó el hierro en el cuello, como si fuera un estoque, y se lo atravesó.
El lobo emitió un aullido de agonía.
La sangre salía a borbotones de su cuello.
Ronnie extrajo el hierro y retrocedió un paso.
Norman le puso la mano en el hombro y se lo oprimió con fuerza.
—Has estado magnífico, Ronnie.
—Gracias.
El lobo, alumbrado por las linternas de Tyler y Kelly, dejó de mover sus patas y quedó rígido.
Acababa de morir.
Y, tras su muerte, sucedió algo increíble.
El cadáver del lobo se esfumó.
No quedó ni rastro de él.
Ni siquiera una gota de su sangre.
El suelo estaba limpio de manchas.
Ronnie, perplejo, observó el extremo del hierro con el que había dado muerte al enorme lobo.
También estaba limpio.
No quedaba una sola huella de sangre.
Norman, con ojos desorbitados, exclamó:
—¡Ha desaparecido, Ronnie!
Tyler apretó los maxilares.
—Ha sido otra de las bromas del fantasma. El lobo no era real, Norman. Era sólo una imagen.
Como confirmación a sus palabras, se escuchó la tenebrosa risa del ser invisible.
Kelly apretó también las mandíbulas.
—¡Nos ha vuelto a tomar el pelo, el muy…!
No llegó a insultarle, porque recibió un puñetazo en el pómulo izquierdo y cayó al suelo, perdiendo la linterna de Kevin Arnold, que rodó por el suelo, encendida.
Ronnie también fue golpeado en el rostro y se derrumbó.

No soltó el hierro, pero sí la linterna, que rodó por el suelo, como la otra.
Ambas linternas fueron rápidamente recogidas por el fantasma.
Ronnie y Norman las vieron elevarse y dirigirse hacia la escalera, lo que les permitió adivinar que el ser invisible abandonaba la torreta.
—¡Detente! —gritó el primero.
—¡No huyas, cobarde! —rugió el segundo.
El fantasma no hizo caso y se fue con las dos linternas, dejando la torreta a oscuras. Aunque, como la tormenta continuaba, la luz de los relámpagos iluminaban de vez en cuando la torreta.
—¡Maldito! —barbotó Ronnie.
—¡Ahora quiere asustar a Kevin, Tina y Raquel! —adivinó Kelly.
—¡Ve tras él, Norman! ¡Yo me ocupo de Sharon!
—¡Bien!
Kelly se irguió y se lanzó hacia la escalera.
Tyler zarandeó a su chica, agarrándola de los hombros.
—¡Despierta, Sharon!
La muchacha abrió los ojos.
—¡Ronnie!
—¿Te encuentras bien?
—¿Qué ha pasado?
—El fantasma te atrapó y te subió a la torreta del faro. Cuando yo llegué, te hallé desvanecida.
—¡Me desmayé de terror! —confesó la joven, abrazándose a él.
Tyler la ayudó a ponerse en pie.
—Reunámonos con los demás, Sharon.
—¿Estan abajo?
—Sí.
—¿Por qué estamos a oscuras, Ronnie?
—El fantasma me dio un puñetazo y se llevó mi linterna. Y la de Kevin, que la llevaba Norman. Subió conmigo, para ayudarme a rescatarte. También fue golpeado por el fantasma. Kevin quedó abajo, con Tina y Raquel. Norman ya debe estar con ellos.
—¡Y el fantasma también!
—Me temo que sí. No se cansa de divertirse a nuestra costa.
—Ya no dudas de que sea un fantasma auténtico, ¿verdad?
—A la vista de los hechos, no tengo más remedio que admitir que se trata de un fantasma o de un espíritu. Jamás creí en ellos, pero lo que está sucediendo en este maldito faro…
—Debemos abandonarlo cuanto antes, Ronnie. No importa que continúe la tormenta. No podemos seguir aquí, a merced de ese ser invisible, que no para de maltratarnos, humillarnos, y burlarse de nosotros. Goza aterrorizándonos y haciéndonos sufrir. Puede matarnos, incluso. Y si le da por hacerlo, moriremos los seis en este

viejo faro.
—No creo que quiera matarnos, Sharon. De todos modos, abandonaremos el faro. Yo también prefiero enfrentarme a la tormenta. No estoy acostumbrado a luchar con fantasmas. Ni siquiera sé cómo hacerlo. Todo lo que hemos intentado, no ha servido de nada.
—No perdamos más tiempo, Ronnie.
—Sí, vamos. Y cuidado al bajar la escalera, porque lo haremos a oscuras y es una escalera peligrosa.

* * *

Kevin Arnold, Tina Belmont y Raquel North habían escuchado los otros dos escalofriantes aullidos de lobo, procedentes de la torreta del faro.
Después, silencio.
Tina se mordió los labios con fuerza.
—¿Qué estará pasando arriba, Kevin? —preguntó, con un hilo de voz.
—No lo sé —respondió Arnold.
—Norman no debió subir —murmuró Raquel.
—Tenía que hacerlo. Y yo también hubiera subido, de no haber sido por vosotras. No podía dejaros solas.
—Esos aullidos que hemos oído… —musitó Tina.
—Se diría que hay un lobo arriba, en la torreta —añadió Raquel.
—Antes también creímos que había un gato rabioso, pero fue cosa del fantasma —recordó Kevin—. Esto también puede ser cosa suya.
—Y lo de la puerta —dijo Tina.
—¿Qué le pasa a la puerta?
—Raquel y yo no pudimos abrirla.
—¿Eh?
—Es cierto, Kevin —corroboró la morena—. Lo intentamos las dos a la vez, pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles. La puerta parece atascada.
—Es cosa del fantasma, seguro —insistió Tina.
—No quiere que abandonemos el faro —añadió Raquel.
—Probaré a abrir yo —dijo Kevin, acercándose a la puerta.
Tiró de ella, pero no consiguió moverla.
—Es verdad, parece atascada —rezongó, y volvió a tirar de la puerta, con todas sus fuerzas.
Fue inútil.
La puerta parecía cerrada por fuera.
Kevin jadeó.
—Creo que tenéis razón, chicas. Estamos atrapados en este maldito faro.
—El fantasma no nos dejará salir —dijo Tina, pálida.

—Quiere seguir divirtiéndose con nosotros —agregó Raquel—. Asustarnos, quitarnos la ropa, tocarnos, pellizcarnos, mordernos…
—Eso es lo que hace con vosotras —rezongó Kevin—. A nosotros nos golpeó con dureza. Y donde más nos duele —recordó, llevándose la mano al slip.
—Norman cometió un error al desafiar al fantasma —dijo Raquel.
—Estaba furioso por lo que había hecho contigo —repuso Tina.
Kevin iba a decir algo, pero se interrumpió al ver aparecer dos linternas encendidas.
—¡Mirad! —exclamó, dando un respingo.
Tina y Raquel se volvieron hacia la escalera.
—¡Las linternas…! —exclamó la primera.
—¡Flotan en el aire solas…! —gritó la segunda.
—¡Es el fantasma! —adivinó Kevin—. ¡Les arrebató las linternas a Ronnie y Norman, y baja con ellas!
Tina y Raquel se llenaron de terror y empezaron a chillar.
Kevin las protegió con su cuerpo.
—¿Qué has hecho con Sharon, Ronnie, y Norman? — le preguntó al ser invisible.
El fantasma no respondió, limitándose a apagar las linternas.
Después las estampó contra el suelo.
Ambas linternas quedaron inservibles.
Justo en ese momento, aparecía Norman Kelly, cuyos labios se habían hinchado bastante, como consecuencia del puñetazo que recibiera en la boca.
Las heridas habían dejado de sangrar, pero su barbilla aún estaba manchada.
—¡Norman! —exclamó Kevin, al verle.
—¿Dónde está el fantasma? —preguntó Kelly, observando las destrozadas linternas.
La respuesta se la dio el propio ser invisible, agarrándole el pelo por detrás.
¡Lo tenía a sus espaldas!

CAPITULO IX

El tirón de pelo fue tan violento, que Norman Kelly cayó al suelo, dando un grito.
—¡Dios mío, Norman! —gimió Raquel North.
—¡El fantasma le está atacando otra vez! —chilló Tina Belmont.
Kevin Arnold dio un paso hacia adelante, pero Kelly gritó:
—¡No te muevas, Kevin! ¡Protege a las chicas!
Arnold vaciló.
Quería ayudar a Kelly, pero si dejaba solas a Tina y Raquel, seguramente el fantasma las atacaría a ellas y volvería a dejarlas desnudas.
El ser invisible le había soltado el pelo a Norman, pero cuando éste intentaba ponerse en pie, le atizó un patadón en el trasero y lo hizo caer de bruces.
Norman maldijo a viva voz.
El golpe no había sido demasiado doloroso, pero sí terriblemente humillante.
Norman trató nuevamente de recuperar la vertical.
No pudo, porque recibió un nuevo patadón en las posaderas y volvió a besar el suelo.
—¡Por todos los demonios! ¡El fantasma ha tomado mi trasero por un balón de fútbol y quiere meter gol!
Sus palabras debieron hacer gracia al ser invisible, puesto que dejó oir su bronca risa.
—¡No te levantes, Norman! —aconsejó Kevin—. ¡Sigue en el suelo y es posible que no te golpee!
—Pero…
—¡Hazme caso!
Kelly obedeció a su compañero y permaneció echado de bruces en el suelo, esperando un nuevo golpe del ser invisible.
Pasaban los segundos, sin embargo, y el fantasma no le golpeaba.
Arnold pegó su espalda contra los temblorosos cuerpos de Tina y Raquel, temiendo que el espíritu maligno que moraba en el viejo faro se estuviese aproximando a ellos.
En ese preciso instante, Ronnie Tyler y Sharon Ellery surgían por la escalera de caracol, cautelosamente. Al ver tumbado en el suelo a Norman Kelly, y a Kevin Arnold protegiendo a Tina Belmont y Raquel North, se quedaron parados.
—¿Qué está sucediendo, Kevin? —preguntó Tyler, colocándose delante de Sharon, para protegerla con su cuerpo.
—Parece que el fantasma se ha calmado, Ronnie —respondió Arnold

nervioso—. Si nos quedamos quietos, puede que él continúe así también.
Tyler pareció buscar con la mirada al ser invisible.
—Nos gustaría hablar contigo —dijo—. Saber quién eres o qué eres, y por qué haces todo esto con nosotros. También nos gustaría verte. ¿No tienes poder para ello…? ¿No puedes materializarte…?
Durante algunos segundos, no pasó nada.
Después, Ronnie y Sharon fueron empujados a un tiempo y cayeron los dos al suelo. Sharon lo hizo dando un grito, mientras que Ronnie rezongó una maldición.
Antes de que se pusieran en pie, Kevin gritó:
—¡No os levantéis! ¡El fantasma quiere que estéis tumbados en el suelo, como Norman!
—Vosotros estáis de pie, Kevin —gruñó Tyler.
—¡Al suelo, chicas! —ordenó inmediatamente Arnold, predicando con el ejemplo.
Tina y Raquel se echaron también al suelo.
Con la respiración contenida y los nervios en tensión, esperaron los seis a que el fantasma del faro hiciera o dijera algo.
De pronto, junto a la vieja estufa, empezó a formarse una silueta.
¡Era el fantasma!
¡Estaba cobrando forma!
¡Se estaba materializando…!

* * *

En sólo unos segundos, el fantasma del viejo faro adquirió forma.
Era un hombre.
Alto.
Robusto.
Metido en años, ya.
Vestía ropas de marino, gorra incluida, y llevaba barba.
Una barba muy crecida.
Parecía un viejo lobo de mar.
Ronnie, Sharon, Norman, Kevin, Tina y Raquel lo observaron con ojos agrandados.
Naturalmente, saltaba a la vista que no era un hombre de carne y hueso, sino el fantasma o el espíritu del ser que antes fue, que había cobrado forma para poder ser visto.
Con voz que no era de este mundo, sino del otro, el fantasma dijo:
—Soy Edward Owens. Su espíritu, mejor dicho, porque llevo muchos años muerto. Era farero. El último que trabajó en este faro. Con mi muerte, el faro dejó de funcionar. Desde entonces está abandonado. Relativamente abandonado, porque yo he seguido aquí. Si no en

cuerpo, porque ya se lo comieron los gusanos, sí en alma. Mi espíritu no abandonó este faro. Yo le tenía demasiado cariño. Pasé muchos años aquí, feliz con mi soledad. Aunque debo confesar que echaba una cosa de menos.
—¿El qué? —preguntó Ronnie.
—Las mujeres.
—Empiezo a entender.
—¿Qué es lo que empiezas a entender, muchacho?
—Lo de los pellizcos a las chicas, las caricias, los besos, los mordiscos…
El fantasma rió.
—Lo siento, no pude contenerme. Cuando se despojaron de sus ropas mojadas y vi sus hermosos pechos, sus magníficas caderas, sus preciosas piernas, sus prietos traseros, apenas cubiertos por los breves pantaloncitos… No quería tocarlas, sólo mirar, pero se me fue la mano y le pellizqué la grupa a la pelirroja.
—Con demasiada fuerza, ¿no le parece? —dijo Tina.
—Sí, lo reconozco —admitió el espíritu de Edward Owens—. Pero hacía tanto tiempo que no pellizcaba un trasero femenino…
—Que decidió pellizcar tres —rezongó Raquel.
—Y por partida doble —añadió Sharon.
El fantasma volvió a reir.
—Sentía deseos de repetir, sí. Resultaba, además, muy divertido, porque vosotras pensabais que los pellizcos os los soltaba uno de vuestros amigos. Cuando Raquel le dio el par de bofetadas a Norman, casi me meo de risa. Bueno, es un decir, porque soy un espíritu y los espíritus no comemos ni bebemos, así que tampoco meamos ni hacemos lo otro —explicó el fantasma, riendo.
Ronnie, Kevin, Norman y las chicas no se contagiaron, porque la cosa no estaba para risas. Tenían ante sí al espíritu de Edward Owens, el último farero que había trabajado en aquel viejo faro.
Un espíritu que los había maltratado.
Humillado.
Aterrorizado.
Y quizá tuviese intención de seguir divirtiéndose a su costa.
El fantasma aseguró:
—Cuando le bajé el pantaloncito a Raquel, mientras ella y Norman se besaban, también me divertí mucho. Sabía que ella pensaría que era cosa de él, y me dejaría hacer. No quería morderla, sólo acariciarla y besarla, pero se me fueron los dientes y…
—Y casi me arranca media nalga —gruñó la morena.
—¡No exageres, mujer! —rió el espíritu.
—Aún tengo la marca, señor Owens. Esa, y otras, porque cuando nos desnudó usted a las tres, se hinchó a morder.

—Sois tan jóvenes y tan hermosas las tres, que sufrí un arrebato de lujuria. Perdonadme, preciosas. Aunque, en parte, la culpa es vuestra.
—¿Nuestra…? —repitió Sharon.
—Sí, porque si no os hubierais desnudado, cuando entrasteis en el faro, yo no habría sentido deseos de… Bueno, ya sabéis.
—Estabamos empapadas, señor Owens —recordó Tina.
—Lo sé.
—Teníamos que quitarnos la ropa para no pillar una pulmonía —dijo Raquel.
—Sí, claro. Pero yo soy un hombre, preciosas. Un hombre al que siempre le gustaron mucho las mujeres. Y cuando os vi desnudas…
—Ahora ya no es un hombre, señor Owens —puntualizó Sharon—. Es un espíritu.
—Pero me siguen gustando las mujeres.
—Es un poco raro, ¿no? —dijo Tina.
—¿Por qué?
—Bueno, si los espíritus no comen ni beben, se supone que tampoco… Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?
—Sí, creo que sí —respondió el fantasma, riendo.
—¿Tengo razón o no, señor Owens? —preguntó la pelirroja.
—No, preciosa.
—¿Quiere decir que los espíritus pueden…?
—Sí, podemos poseer a una mujer.
—¡Qué horror! —exclamó Raquel, sin poderse contener.
—¿Por qué? —preguntó el fantasma.
Ronnie Tyler decidió intervenir, porque no le gustaba el camino que llevaba la conversación del espíritu de Edward Owens con las chicas.
—Perdóneme que le interrumpa, señor Owens —carraspeó.
El fantasma le miró.
—¿Quieres preguntarme algo, Ronnie?
—Sí, señor Owens.
—Adelante.
—¿Por qué nos atacó?
—A Kevin, por insinuar que yo podía ser homosexual. Cuando a un hombre le gustan tanto las mujeres como a mí, llamarle homosexual le sienta peor que llamarle hijo de puta.
Arnold tosió.
—Sólo fue una broma, señor Owens. Como le había bajado usted el slip a Norman…
—Eso sí que fue una broma. No tenía el menor interés de verle el culo a Norman, te lo aseguro. Simplemente, me pareció divertido dejarlo con el trasero al viento. Tu broma, en cambio, no me pareció nada divertida.
Kevin se calló.

El fantasma prosiguió:
—A Norman le golpeé porque me desafió. Incluso me insultó, llamándome cobarde. ¡A mí, que tengo más agallas que nadie! Le di una lección para que aprendiera a respetarme. Tú saliste en su defensa, Ronnie. Y Kevin también. Por eso os golpeé. Quería que me tuvierais respeto todos. Los seis. Y creo que ya me lo tenéis. Respeto… y miedo, porque os he dado algunas muestras de mi poder. Lo del gato estuvo bien, ¿verdad? ¡Y lo del lobo, aún mejor! —rió el espíritu.
Ronnie, tras unos segundos de silencio, dijo:
—Queremos irnos, señor Owens.
—¿Iros…?
—Sí.
—¿Con el tormentón que hay…?
—No nos importa mojarnos de nuevo —dijo Kevin.
—Desde luego que no —habló Norman.
—¡Estáis locos! —exclamó el fantasma.
—¿Nos va usted a dejar marchar, señor Owens? —preguntó Ronnie.
—No.
—Lo sabía —murmuró Tina.
—Quiere tenernos cautivos en su faro —musitó Raquel.
—Por eso no pude abrir la puerta, ¿verdad, señor Owens? —rezongó Kevin—. Nos tiene encerrados.
—Así es —admitió el fantasma.
—¿Cuándo nos dejará salir, señor Owens? —preguntó Norman.
—No lo sé.
—Señor Owens… —dijo Ronnie, que deseaba insistir, pero se interrumpió al ver que la imagen del fantasma se estaba borrando.
Segundos después, del espíritu de Edward Owens no quedaba ni rastro.

CAPITULO X

Durante un par de minutos, nadie se movió.
Parecía que iba a suceder algo, pero nada sucedió
El espíritu de Edward Owens, por el momento, los dejaba tranquilos, seguramente para ver cómo reaccionaban después de saber que no pensaba dejarles abandonar el faro.
Ronnie Tyler fue el primero en ponerse en pie.
Lo hizo lentamente, como temiendo recibir un golpe del fantasma, pero no fue así.
Ronnie le tendió la mano a su chica.
—Levántate, Sharon.
Sharon Ellery se irguió, visiblemente nerviosa y con una mano en el trasero, protegiéndolo.
Temía recibir un pellizco del espíritu del farero.
O que le bajara las braguitas de golpe y la dejara con las posaderas al viento, para seguidamente hincarles el diente, como ya hiciera antes con ella y con Tina y Raquel.
Afortunadamente, el fantasma no la tocó.
Ronnie miró a los demás.
—Vamos, arriba.
Norman Kelly fue el primero en imitarles, irguiéndose también con lentitud, pues temía recibir una nueva patada en el trasero y besar otra vez el suelo.
Por suerte para él, no pasó nada.
Kevin Arnold se puso asimismo en pie, más confiado que sus compañeros, pues si Ronnie y Norman no habían sido atacados por el espíritu de Edward Owens, como tampoco Sharon, ¿Por qué iba a ser atacado él?
Efectivamente, no lo fue.
Tina Belmont y Raquel North se incorporaron también, menos confiadas que Kevin, y lo demostraron protegiéndose sus respectivos traseros con las manos.
Temían lo mismo que Sharon.
Por fortuna, tampoco ellas fueron tocadas por el fantasma.
Kevin carraspeó ligeramente.
—¿Qué hacemos, Ronnie?
—Lo primero, acabar de vestirnos. Los pantalones y la falda de Sharon ya están secos.
Tyler cogió sus vaqueros y se los enfundó.
Como no ocurrió nada, Kevin y Norman le imitaron.
El fantasma seguía sin molestar a nadie, por lo que Sharon, Tina y

Raquel se atrevieron también a coger sus ropas.
Sharon tenía ya su falda en las manos, cuando, de repente, le fue arrebatada por una mano invisible.
La muchacha dio un grito y saltó hacia atrás.
Su falda, durante unos segundos, quedó suspendida en el aire.
Después, la estufa fue abierta y la falda de Sharon arrojada a las llamas.
—¡Oh, no! —gimió la muchacha.
—El señor Owens quiere seguir contemplando tus maravillosas piernas, Sharon —advirtió Ronnie—. Y tu redondeado trasero. Por eso ha quemado tu falda.
Tina y Raquel se asustaron.
Todavía no se habían puesto los pantalones.
Y no se los pudieron poner, porque el fantasma se los arrancó también de las manos y los arrojó al fuego.
Tina se abrazó a Kevin y Raquel a Norman.
—Lo has adivinado, Ronnie —dijo Arnold—. El señor Owens quiere que las chicas sigan en panaloncitos.
—Y me temo que no se conformará con mirar —rezongó Kelly, en tono muy bajo, para no ser oído por el fantasma.
Lo fue de todas formas, y el espíritu del farero lo castigó agarrándole de las orejas y retorciéndoselas como si deseara arrancárselas.
Norman chilló, porque el dolor era terrible.
Raquel lo miró y descubrió que sus orejas estaban retorcidas como buñuelos.
—¡Tus orejas, Norman…! —exclamó, con ojos dilatados.
—¡El fantasma me las quiere arrancar!
—¡Señor Owens, por favor! —gritó Ronnie.
El espíritu del farero soltó las orejas de Norman y éste dejó de sufrir.
Las tenía muy enrojecidas.
Y se le estaban hinchando por segundos.
—Maldita sea… —rezongó.
—Al señor Owens no le gustó lo que dijiste, Norman —adivinó Kevin.
—Ya me he dado cuenta.
—Tendremos que medir nuestras palabras —aconsejó Ronnie.
—¿Quién tiene un metro? —preguntó Norman.
El fantasma dejó oír su risa de ultratumba.
Ronnie sonrió.
—Al señor Owens le ha hecho gracia tu chiste, Norman.
—A mí, sus tirones de orejas, me hicieron bastante menos —gruñó Kelly, tocándose sus enrojecidos y abultados apéndices auriculares.
—Parecen dos coliflores, Norman —dijo Kevin, sonriendo.
El fantasma volvió a reír.
—Tu chiste también le ha hecho gracia al señor Owens, Kevin —dijo

Ronnie.
—Si se mea de risa, espero que no lo haga sobre mí.
—Tranquilo —rió Ronnie—. Ya sabes que los espíritus no…
—Era una broma.
—Pues deberíamos tomarnos las cosas más en serio —opinó Sharon, ceñuda—. Estamos encerrados en este viejo faro y no sabemos lo que va a ser de nosotros. Es para preocuparse, ¿no?
—Sharon tiene razón —dijo Tina.
—Sí, nuestra situación es bastante peligrosa —añadió Raquel.
Ronnie, Kevin y Norman guardaron silencio.
El primero lo rompió, preguntando:
—¿Decís que la puerta no se puede abrir?
—Así es —respondió Kevin—. Yo lo intenté con todas mis fuerzas, pero no conseguí moverla.
—Y nosotras tampoco —dijo Tina.
—Ven conmigo, Norman —indicó Ronnie, caminando hacia la puerta.
Kelly los siguió, con las manos en las orejas.
Temía nuevos tirones.
Tyler también temía que el fantasma hiciera algo para impedir que él y Norman intentaran abrir la puerta, pero estaba decidido a probar.
El espíritu del farero no les atacó.
Y no lo hizo porque estaba seguro de que Ronnie y Norman no podrían abrir la puerta por mucho que se esforzaran.
Efectivamente así fue.
La puerta parecía estar sellada por fuera.
No había manera de moverla.
Con tanta fuerza tiraron Ronnie y Norman de ella, que cayeron los dos de espaldas y dieron con sus posaderas en el suelo.
Al instante, se escucharon las siniestras carcajadas del espíritu de Edward Owens.
—Cómo se divierte nuestro amigo, ¿eh? —masculló Tyler.
—Nos tiene en su poder, Ronnie —jadeó Kelly—. No podremos abandonar este maldito faro hasta que él decida dejarnos marchar. Y temo que decida lo contrario.
De repente, Raquel dio un grito.
¡El fantasma la había cogido en brazos!
¡Y la llevaba hacia la escalera!
—¡Norman…! —chilló, pataleando con desesperación.

CAPITULO XI

Kevin Arnold dio un fuerte respingo.
—¡El fantasma se lleva a Raquel! —exclamó.
Ronnie Tyler y Norman Kelly se irguieron con prontitud.
—¡Déjela, señor Owens! —pidió el primero.
—¡No se la lleve! —gritó el segundo.
El espíritu del farero no hizo caso y empezó a subir la escalera de caracol, totalmente a oscuras.
Raquel North chillaba, se agitaba y pataleaba, presa de un terror indescriptible, pues intuía lo que el fantasma pensaba hacer con ella, en la torreta del faro.
—¡Socorro…! ¡Ayudame…!
—¡Coge la lámpara de petróleo y síguenos, Kevin! —indicó Ronnie.
Norman se había lanzado ya hacia la escalera.
Ronnie le imitó.
Kevin tomó velozmente la lámpara de petróleo y fue tras ellos.
La parte inferior del faro no quedaría a oscuras, porque el resplandor del fuego de la estufa daba luz suficiente, pero, aun así, Sharon Ellery y Tina Belmont no quisieron quedarse solas allí abajo, y corrieron también hacia la escalera de caracol.
Sin embargo, nadie subió por ella.
La culpa la tuvo la serpiente que acababa de surgir al pie de la escalera.
¡Era enorme!
¡Gigantesca!
¡Terrorífica!
Norman, que se había parado en seco al ver el monstruoso reptil, dio un salto hacia atrás, chillando:
—¡Una pitón…!
Ronnie y Kevin se frenaron y retrocedieron también, lo mismo que Sharon y Tina.
—¡No es posible, Norman! —gritó Tyler—. ¡Tiene que ser otra de las bromas del fantasma!
—¿Quieres decir que la imagen no es real…?
—¡Seguro que no! ¡Como tampoco lo era la imagen del gigantesco lobo! ¡El espíritu de Owens sólo quiere asustarnos! ¡Impedir que subamos a la torreta!
Kelly vio en el suelo el hierro de avivar el fuego de la estufa, lo empuñó decididamente, y atacó con él a la serpiente.
—¡Yo acabaré contigo, visión!
La pitón, antes de recibir el golpe, saltó sobre Norman, y se enroscó a

su cuerpo con sorprendente agilidad, haciéndolo caer al suelo.
Sharon y Tina se llenaron de horror.
—¡Es real, Ronnie! —gritó Kevin, no menos horrorizado—. ¡Una pitón auténtica!
—¡No puede ser, no puede ser! —rechazó Tyler, y recogió el hierro, que Kelly había soltado en su caída.
—¡Ayúdame, Ronnie —chilló Norman, que había aferrado el cuello de la monstruosa serpiente con sus manos, para impedir que le clavara sus feroces colmillos—. ¡Me está triturando el cuerpo! ¡Me está asfixiando…!
Tyler atravesó la cabeza de la pitón con el hierro, en mortal estocada, y un chorro de sangre cayó sobre la camisa de Kevin, tiñéndola de rojo.
La serpiente, tras la estocada, aflojó la terrible presión que su cuerpo ejercía sobre la víctima, y Kelly, con la ayuda de Tyler, pudo librarse de ella.
Ronnie y Norman se apartaron rápidamente del reptil.
La pitón se enrolló, herida de muerte, y dejó de moverse.
Y fue entonces, al quedar quieta, cuando su cuerpo empezó a difuminarse, hasta desaparecer por completo, como ya ocurriera con el gigantesco lobo.
Hasta las manchas de sangre desaparecieron, incluidas las de la camisa de Norman.
—¡Tenías razón, Ronnie! —exclamó Kevin—. ¡No era una serpiente real!
—No podía serlo.
—Sin embargo, yo agarré su cuello con mis manos y sentí la presión que su cuerpo ejercía sobre el mío… —murmuró Kelly, alzando las manos.
—Sensaciones falsas, Norman —repuso Tyler—. La pitón sólo estaba en nuestros cerebros.
—¡Maldito espíritu!
—Subamos, Norman. Raquel está en sus manos, y puede hacer muchas cosas con ella.
—¡Lo mataré! ¡Si abusa de Raquel, lo mataré!
—¿Olvidas que ya está muerto?
—¡Destruiré su espíritu!
—¿Cómo?
—¡No lo sé!
—Yo tampoco, ése es el problema —suspiró Ronnie—. Anda, vamos.
Iban a subir la escalera, cuando, de repente, empezaron a salir de ellas unas ratas enormes.
¡Eran grandes como conejos!
¡Y negras como el carbón!

¡Y chillaban como si las estuvieran asando vivas!
Sharon y Tina chillaron también así.
Y con razón, porque las gigantescas ratas estaban ya saltando sobre ellas, sobre Norman, sobre Ronnie, y sobre Kevin.

* * *

Entretanto, en la torreta del faro, sin más luz que la que proporcionaban los relámpagos de la tormenta, cuya violencia no parecía remitir, Raquel North estaba viviendo una auténtica pesadilla.
Ella no veía al espíritu de Edward Owens, pero lo sentía.
Sentía sus manos, sentía su boca, sentía sus dientes…
La había dejado en el suelo, le había abierto la blusa, y le había arrancado el pantaloncito, como si tuviera intención de violarla.
Naturalmente, Raquel chillaba y luchaba desesperadamente por librarse del fantasma, pero éste tenía una fuerza increíble, sobrenatural, y no podía escapar de él.
—¡Suélteme, señor Owens, por lo que más quiera! —suplicó.
—¡No! —respondió el espíritu del farero, con su tenebrosa voz y sin dejarse ver.
—¿Qué piensa hacer conmigo?
—¡Poseerte!
—¡No, por favor, eso no!
—¿Por qué?
—¡No quiero ser poseída por un muerto!
—¡No notarás ninguna diferencia, te lo aseguro! —respondió el fantasma, y se echó a reír.
—¡Está usted loco, señor Owens! ¡Es un espíritu demente! ¡La soledad de este faro debió afectarle el cerebro en vida, y murió loco perdido!
Las palabras de Raquel le sentaron como un tiro al fantasma, y la emprendió a bofetadas con ella.
—¡Cállate, zorra! ¡Sujeta esa lengua de víbora o te la arrancaré yo con mis propias manos! ¡No soy un espíritu loco! ¡Estaba perfectamente cuerdo cuando me llegó la muerte! ¡Y cuerdo continúo, perra!
Raquel gritaba después de cada bofetada.
Había recibido tantas, que sangraba por la nariz y la boca.
—¡Basta, se lo suplico! ¡No me golpee más! ¡Retiro lo que he dicho! ¡No está usted loco, señor Owens! ¡Perdóneme!
El fantasma dejó de abofetearla.
—¿Sabes lo que voy a hacer contigo, morena?
—Sí, poseerme.
—No, ya no deseo hacerte mía.
—¿De veras? —se alegró Raquel, porque nada podía ser peor que hacer el amor con alguien que llevaba un montón de años muerto, que

ya no era un ser de carne y hueso, sino solamente un espíritu, un alma en pena.
—¡No te alegres, zorra, porque va a ser mucho peor para ti! —rugió el fantasma.
Raquel se estremeció.
—¿Qué me tiene reservado, señor Owens?
—¡Te voy a arrojar al mar!
—¿Qué…?
—¡Desde aquí arriba!
—¡No, señor Owens! —suplicó la muchacha.
—¡Tu cuerpo desnudo se estrellará contra las rocas, se hará pedazos, y luego se lo comerán los peces!
Raquel se sintió desfallecer de pánico.
—¡No haga eso conmigo, señor Owens! —chilló.
—¡Tú lo has querido! ¡Yo sólo deseaba hacer el amor contigo, pero me llamaste loco y ahora lo vas a pagar con la muerte!
—¡Poséame, señor Owens! ¡Hágame suya!
—¡No!
—¡Lo deseo!
—¡Lo único que deseas es salvar la vida! ¡Dijiste bien claro que no querías ser poseída por un muerto!
—¡He cambiado de idea!
—¡Pues lo has hecho demasiado tarde!
—¡Por favor, señor Owens! ¡Perdóneme y goce conmigo! ¡Mi cuerpo es suyo, se lo ofrezco sinceramente!
—¡Los peces gozarán con tu carne joven y prieta, no yo! —respondió el fantasma, levantándola del suelo.
Raquel vio que uno de los cristales de la torreta se abría.
¡El espíritu del farero iba a arrojarla al mar!
¡Su cuerpo se estrellaría contra las rocas!
¡Iba a morir…!
—¡No, señor Owens…! —chilló desgarradoramente, cuando ya el fantasma se disponía a lanzarla desde lo alto del viejo faro.

CAPITULO XII

El ataque de las enormes ratas volvió locas de terror a Sharon Ellery y Tina Belmont, y también puso la carne de gallina a Ronnie Tyler, Norman Kelly y Kevin Arnold.

Eran exactamente diez, así que tocaban a dos por cabeza.

Las ratas, por lo visto, sabían dividir, ya que saltaron por parejas encima de sus cinco víctimas.

Norman le atizó un puñetazo en la cara a una de las ratas que saltaron sobre él y la hizo rodar por el suelo como una pelota. La otra, sin embargo, cayó sobre su hombro izquierdo y le clavó inmediatamente sus afilados dientes, haciendo brotar la sangre.

Kelly lanzó un aullido de dolor, porque sintió cómo los dientes del gigantesco roedor le llegaban hasta el hueso. No obstante, fue capaz de agarrar a la rata con su mano derecha, arrancarla de su hombro herido, y estamparla contra la pared con todas sus fuerzas.

Ronnie había conseguido rechazar de un patadón a una de las ratas que le habían tocado en suerte, estrellándola contra el suelo, pero no pudo evitar que la otra cayera sobre su cuello y le hincara los dientes.

El mordisco, terriblemente doloroso, hizo gritar a Tyler, mientras sentía la sangre resbalar caliente por su cuello. Sin embargo, ello no impidió que atrapara al roedor con sus manos, lo arrancara de su cuello, y lo arrojara al suelo con terrible violencia.

Kevin, como sostenía la lámpara de petróleo en su mano derecha, tuvo que defenderse de las ratas con su mano izquierda. Consiguió derribar a una de un puñetazo en la barriga, pero la otra cayó sobre su cabeza y le soltó un mordisco en la frente.

Arnold aulló, cuando ya la sangre se deslizaba con rapidez por sus cejas, por sus párpados, y por su nariz. Antes de que el roedor le mordiera de nuevo, lo agarró del rabo, lo arrancó de su cabeza, y lo arrojó contra la estufa, que seguía abierta.

Ello resultó fatal para la rata, ya que cayó en las llamas y se achicharró, entre agudos chillidos.

Sharon y Tina, al ser atacadas por las terroríficas ratas, habían caído al suelo, y en él estaban siendo mordidas por los roedores.

Sharon recibió el primer mordisco en su muslo derecho, el segundo en la cadera, el tercero en la nalga izquierda, el cuarto en un pecho…

Tina por su parte, había sido mordida en ambos muslos, en el trasero, en los senos, en el cuello…

Las dos estaban casi totalmente cubiertas de sangre y se retorcían en el suelo, sin dejar de chillar histéricamente, mientras las enormes ratas seguían mordiéndolas sin piedad.

Ronnie se había dado cuenta de que la rata que Kevin lanzara contra la vieja estufa, haciéndola caer en las llamas, había desaparecido a los pocos segundos, lo que vino a confirmar sus sospechas.
Aquellas gigantescas ratas no existían.
No eran reales.
Era otra broma del espíritu de Edward Owens, como los maullidos del gato, el enorme lobo, y la terrorífica pitón.
El fantasma no quería que subiesen a la torreta del faro, deseaba estar solo con Raquel, divertirse con ella sin ser molestado por nadie.
Ronnie se tranquilizó, ya que, si las ratas no eran reales, tampoco podían serlo las dolorosas heridas que les estaban causando con sus agudos dientes.
Eran tan falsas como los roedores.
Tenía que reconocer, sin embargo, que las sensaciones no podían ser más auténticas.
A Ronnie le dolía el cuello, sentía fluir la sangre de la herida, podía tocarla con sus dedos, verla, roja y cálida…
Estaba seguro, sin embargo, de que todo ello desaparecería cuando diesen muerte a los falsos roedores. Y tenían que hacerlo pronto, para no prolongar más aquella horrorosa situación.
Sharon y Tina, especialmente, estaban sufriendo como seguramente no habían sufrido en su vida, y podían volverse locas de verdad, para siempre, si aquel horror continuaba.
—¡Acabemos con las ratas, muchachos! —rugió, ensartando a una con el hierro de avivar el fuego de la estufa—. ¡Son falsas! ¡No existen! ¡Son sólo una visión, como el lobo y la serpiente!
Efectivamente, la rata ensartada por Ronnie, al hallar la muerte, empezó a difuminarse.
—¡Arrojadlas a la estufa! —indicó Tyler—. ¡El fuego las hará desaparecer!
Norman arrojó un roedor a las llamas.
Kevin, otro.
Mientras tanto, Ronnie ensartó a otras dos ratas con el hierro, eligiendo a las que estaban mordiendo a Sharon y Tina.
Los tres amigos recibieron nuevos mordiscos, tan dolorosos como los anteriores, pero resistieron y siguieron luchando contra las falsas ratas, hasta exterminarlas a todas, unas con el hierro de avivar el fuego de la estufa, y las otras arrojándolas al fuego.
Cuando la última rata desapareció, empezaron a desaparecer también las heridas de Ronnie, Kevin, Norman, Sharon y Tina. Desapareció la sangre, el dolor, el sufrimiento…
Lo que no desapareció, fue el terror de Sharon y Tina, a pesar de ver con sus propios ojos que no quedaba una sola rata, que sus cuerpos ya estaban ensangrentados, que no tenían heridas.

Pero lo habían pasado tan mal, que aún creían sentir los afilados dientes de las gigantescas ratas clavándose en sus carnes, y no paraban de llorar, de temblar, y de estremecerse.
Ronnie trataba de calmar a Sharon, abrazándola, y Kevin hacía lo propio con Tina.
Sin decir nada, Norman corrió hacia la escalera.
Pensaba en Raquel.
Y en lo que el espíritu de Edward Owens podía estar haciendo con ella.
Tenía que salvarla.
Sabía que sería difícil, porque no se podía luchar con un fantasma, pero estaba dispuesto a intentarlo, porque Raquel North significaba mucho para él.
Norman temía que surgiese algún nuevo animal, tan terrorífico como falso, impidiéndole subir la escalera.
Pero, esta vez, no fue así.
Norman pudo subir la escalera de caracol, a oscuras, y alcanzar la torreta del faro. Se dio mucha prisa, porque oía chillar a Raquel.
Justo en el instante en que alcanzaba la torreta, un poderoso relámpago iluminaba el cielo durante unos breves segundos, alumbrando con su resplandor la parte alta del viejo faro.
Gracias a ello, Norman pudo ver a Raquel suspendida en el aire, completamente desnuda y muy cerca de uno de los cristales de la torreta, que ahora estaba abierto.
Resultaba tan evidente que el fantasma se disponía a lanzar al mar a la indefensa Raquel, que Norman sintió un profundo escalofrío y chilló:
—¡Nooooooo…!

* * *

Al oír la voz de Norman Kelly, Raquel North volvió la cabeza, al tiempo que se agitaba con desesperación en el aire.
—¡Socorro, Norman…! ¡El fantasma me quiere arrojar al mar…!
—¡Y lo voy a hacer! —dijo el espíritu del farero.
—¡Deténgase, señor Owens! —suplicó Norman, lanzándose hacia adelante.
Quería coger a Raquel, pero el fantasma le atizó un buen patadón en el estómago y lo hizo caer.
El espíritu dejo oír su macabra risa.
—¡No podrás impedir que arroje a tu chica al mar, Norman! ¡Se estrellará contra las rocas y los peces devorarán su cadáver!
—¡Por Dios, no lo haga! —gritó Kelly, tratando de incorporarse.
—¡Te prohíbo que nombres a Dios! —rugió el fantasma, propinándole

otra patada, ahora en la cara.
Kelly volvió a caer.
Desde el suelo, preguntó:
—¿Por qué no quiere que nombre a Dios, señor Owens?
—¡Hice un pacto con el Diablo!
—¿Pacto…?
—¡Sí! ¡Yo quería que mi espíritu continuara en este faro, y él me lo concedió!
—¿A cambio de qué, señor Owens?
—¡Eso no te importa!
—Creo que lo sé, señor Owens.
—¿De veras?
—Tiene usted que hacer el mal. Es un espíritu maligno. Esa era la condición, ¿verdad?
—¡No quiero seguir hablando contigo, Norman! ¡Arrojaré a tu chica al mar y luego te arrojaré también a ti!
—Para complacer al Diablo, ¿eh?
—¡Maldito! —rugió el fantasma, atizándole un patadón en las costillas.
Kelly emitió un grito de dolor y se encogió.
—¡Dile adiós a Norman, Raquel! —habló de nuevo el espíritu.
—¡No…! —chilló la muchacha.
El fantasma la arrojó al mar con su fuerza de titán.
—¡Maldito asesino! —bramó Norman, ciego de cólera.
El espíritu le agarró con violencia y lo levantó.
—¡Ahora te toca a ti, Norman! ¡Reúnete con tu chica!
Kelly luchó por evitar que el fantasma lo lanzara al mar, pero de nada sirvió.
El espíritu de Edward Owens lo arrojó por el cristal abierto, como a Raquel, y luego lo cerró, diciendo:
—Todavía me quedan cuatro personas con las que poder divertirme.

CAPITULO XIII

Ronnie Tyler se dio cuenta de que Norman Kelly no estaba con ellos.
—¡Kevin! —exclamó.
Arnold respingó.
—¿Qué pasa?
—¡Norman no está!
Kevin, Tina y Sharon lo buscaron con la mirada, comprobando que, efectivamente, Norman no estaba con ellos.
—Habrá subido a la torreta, en busca de Raquel —dijo Kevin.
—La lámpara de petróleo está aquí abajo.
—Debió subir a oscuras.
—Subamos nosotros también, Kevin.
—¡No! —gritó Sharon—. ¡Volverán a surgir ratas como conejos y se lanzarán sobre nosotros! ¡Nos morderán! ¡Y aunque sean falsas, hacen mucho daño cuando clavan sus dientes! ¡No podré resistirlo, Ronnie!
—¡Ni yo! —dijo Tina, estremeciéndose.
—Tenemos que ayudar a Norman y Raquel —habló Kevin—. ¿Es que no lo comprendéis?
—¡Vosotros sois lo que no comprendéis que el fantasma no nos dejará subir a la torreta! —replicó Sharon—. ¡Primero fue la serpiente pitón! ¡Después, las ratas gigantes! ¡Y ahora puede surgir un cocodrilo, un toro bravo, o un centenar de tarántulas!
—¡Cállate, Sharon! —suplicó Tina, horrorizada.
—Norman ha podido subir —dijo Ronnie.
—¿Estás seguro de que ha llegado arriba? —repuso Sharon.
—No, pero…
—¡Puede haberse tropezado con otra pitón en mitad de la escalera, y como está oscura, se le habrá enroscado al cuerpo sin darle tiempo a enterarse!
—Norman hubiera gritado pidiendo socorro —dijo Kevin.
—Tal vez no pudo —repuso Tina—. Si la pitón le aprisionó el cuello…
—Puede que esté muerto —murmuró Sharon.
Ronnie lanzó una imprecación.
—¿Cómo va a matarlo una serpiente que no existe, que no es real, que sólo es una visión provocada por el espíritu de Edward Owens…?
—Bueno, puede que Norman no esté muerto de vedad, pero si él cree que lo está, permanecerá quito y callado hasta que alguien le diga que sigue vivo. Las sensaciones son tan reales, que…
—Yo estaba segura de que las ratas me estaban devorando —dijo la pelirroja Tina.

—Y yo —se estremeció Sharon.
Ronnie se separó de ella y se puso en pie, diciendo:
—Vosotras haced lo que queráis, pero Kevin y yo vamos a subir a la torreta.
—Y sin perder un solo minuto más —dijo Arnold, irguiéndose también.
Sharon y Tina brincaron del suelo.
—¡No podéis dejarnos solas, Ronnie! —exclamó la primera.
—¡Nos moriremos de pánico! —gritó la pelirroja.
—Si tanto os asusta quedaros solas, seguidnos —sugirió Tyler—. Coge la lámpara, Kevin.
Arnold tomó la lámpara de petróleo.
Tyler ya tenía en la diestra el hierro de avivar el fuego de la estufa.
Fueron los dos hacia la escalera de caracol.
Sharon y Tina no tuvieron más remedio que seguirles, aunque ambas pensaban que Ronnie y Kevin no llegarían a subir la escalera, porque aparecería de pronto algún animalote peligroso y los obligaría a detenerse y hacerle frente.
Acertaron, aunque sólo en parte, porque no fue un animalote lo que surgió, sino el espíritu de Edward Owens, materializado, como cuando cobró forma junto a la vieja estufa

* * *

Naturalmente, Ronnie y Kevin se quedaron parados al ver aparecer al fantasma del faro.
Sharon y Tina no sólo se detuvieron en el acto, sino que saltaron las dos hacia atrás, asustadas.
El espíritu de Edward Owens sonrió burlonamente.
—¿Adónde ibais…?
—En busca de Norman y Raquel —respondió Ronnie.
—No están arriba.
—¿Dónde están, pues? —preguntó Kevin.
—Se cayeron de la torreta.
—¿Qué…? —exclamó Sharon, horrorizada.
—Se abrió un cristal, a causa del fuerte viento, y Raquel se precipitó al mar por el hueco. Norman intentó agarrarla, y se precipitó también. Han muerto los dos. Sus cuerpos se estrellaron contra las rocas, antes de ser tragados por las enfurecidas olas. Lo siento, pero nada pude hacer por salvarlos. Ocurrió todo tan rápido… —dijo cínicamente el fantasma.
Tina no se pudo contener y gritó:
—¡Miente, señor Owens! ¡Raquel y Norman no se cayeron de la torreta! ¡Los arrojó usted al mar!

—¿Qué te hace suponer que yo…?
—¡Es usted ruín, perverso, cruel! ¡Goza aterrorizándonos y haciéndonos sufrir! ¡Nos ha encerrado en su maldito faro porque piensa acabar con todos nosotros! ¡Tiene intención de matarnos a los seis, confiéselo!
—Si lo dices por lo de la serpiente pitón y lo de las ratas, fue sólo una broma. No eran de verdad, ya lo visteis.
—Tiene usted un extraño sentido del humor, señor Owens —dijo Ronnie, serio.
—Bueno, la verdad es que tenía que impedir que subierais a la torreta, porque quería estar a solas con Raquel. Deseaba pasarlo bien con ella.
—¿La violó? —preguntó Kevin, tan serio como Ronnie.
—No, aunque confieso que estuve a punto de hacerlo. Pero a ella no le gustaba la idea y me insultó. Gravemente, además.
—Por eso la arrojó al mar, ¿verdad? —masculló Ronnie.
—Yo no la arrojé. Se cayó cuando intentaba escapar de mí. Y Norman se cayó cuando intentaba salvarla, ya os lo he dicho.
—¡No le creemos, señor Owens! —gritó Sharon.
—¿También tú crees que los arrojé yo, rubia?
—¡Sí!
El fantasma soltó un gruñido.
—Está bien, admito que los arrojé yo al mar. Y os arrojaré a vosotros también si no me obedecéis sumisamente.
—¡Asesino! —rugió Ronnie, y lo ensartó con el hierro.
Naturalmente, no pasó nada.
Sólo ensartó el aire.
La imagen inmaterial del farero.
El fantasma rió y le asestó un puñetazo a Ronnie en el rostro, derribándolo.
Kevin se deshizo de la lámpara de petróleo y le atacó también, rabioso por la muerte de Norman y Raquel.
—¡Espíritu del demonio!
Sus puños sólo golpearon la atmósfera.
Atravesaban el cuerpo del fantasma, pero no le causaban el menor daño, porque era solamente eso, una imagen, una visión, una aparición.
El espíritu volvió a reír burlonamente y tumbó a Kevin de un puñetazo en el mentón.
—¡No podéis luchar conmigo, estúpidos! ¡No podéis hacerme nada!
Ronnie se incorporó lentamente.
—Quiere que le obedezcamos, ¿eh, señor Owens?
—¡Exacto!
—¿Qué desea que hagamos?
—Que os estéis quietecitos aquí abajo, mientras yo me divierto en la

torreta con Tina.
—¡No! —chilló la pelirroja.
—Más tarde, me divertiré con Sharon.
—¡Prefiero la muerte! —gritó la chica de Ronnie.
—La encontrarás, te lo aseguro, si no accedes a complacerme. Y a ti te digo lo mismo, Tina.
—¡Yo también prefiero morir! —respondió la pelirroja.
—De acuerdo. Te llevaré arriba y te arrojaré al mar, desnuda. Después bajaré por ti, Sharon. Serviréis las dos de pasto a los peces. Y Ronnie y Kevin os harán compañía muy pronto.
El espíritu de Edward Owens iba ya hacia la pelirroja Tina, cuando, repentinamente, la puerta se abrió como coceada por un elefante y una especie de bola de fuego, no mayor que un balón de fútbol, penetró en el faro.
Por un momento, quedó suspendida en el aire, a un metro aproximadamente del suelo. Despedía una luz tan cegadora, que Ronnie, Kevin, Tina y Sharon se vieron obligados a protegerse los ojos con las manos.
El fantasma del faro miraba la bola de fuego con ojos espantados.
Quiso difuminarse, pero le fue imposible hacer desaparecer su imagen.
Aterrorizado, se lanzó hacia la escalera de caracol y empezó a subir por ella.
La bola de fuego fue tras él, desplazándose a gran velocidad.
Ronnie, Kevin, Sharon y Tina se hallaban perplejos.
No sabían qué demonios era aquella bola de fuego que hacía huir al fantasma del faro, pero debían estarle agradecidos, porque les había abierto la puerta y ahora tenían posibilidad de escapar.
—¡Huyamos, deprisa! —gritó Ronnie, cogiendo de la mano a Sharon.
Kevin cogió a Tina y salieron los cuatro disparados del faro.
Bajaron los escalones con toda rapidez y corrieron hacia donde quedaba el Talbot de Ronnie.
De repente, empezaron a brotar llamas de la torreta del faro.
¡El viejo faro se había incendiado!
¡Ardía como si fuera estopa!
En sólo unos segundos, se convirtió en una gigantesca antorcha.
Del viejo faro no iba a quedar nada.
O muy poco.

EPILOGO

El repentino incendio del viejo faro, sin duda, provocado por la misteriosa bola de fuego que hiciera huir, aterrorizado, al espíritu de Edward Owens, no fue el único hecho extraño y sorprendente.
Hubo muchos más.
Para empezar, la tormenta había cesado.
Ya no había relámpagos en el cielo, todavía nuboso, ni se escuchaban truenos, había parado el fuerte viento racheado, y había dejado de llover.
Fue una gran sorpresa para Ronnie, Sharon, Kevin y Tina.
Pero, más grande aún, fue el ver que, tras el Talbot de Ronnie, se hallaba el Fiat de Kevin.
¡Y estaba intacto!
¡Como si no le hubiera caído el rayo encima!
¡Como si no hubiera estallado como una bomba!
La sorpresa mayor, sin embargo, y la más grata, se la llevaron cuando descubrieron, en el asiento trasero del Talbot, a Norman y Raquel.
¡Estaban vivos!
¡Norman estrechaba entre sus fuertes brazos a Raquel, que se hallaba completamente desnuda!
Como más tarde explicarían, ni ellos mismos sabían cómo habían llegado al Talbot, sanos y salvos. Desde el momento en que el fantasma del faro los arrojara desde la torreta, sus mentes estaban en blanco, se negaban a recordar lo que sucedió.
Evidentemente, tenía que haber sido cosa de la extraña pero poderosa bola de fuego. Ella los había salvado, evitando que sus cuerpos se estrellaran contra las rocas antes de ser engullidos por el mar.
Ronnie no tuvo dificultades para poner en marcha su Talbot como tampoco las tuvo Kevin para hacer arrancar su Fiat, ya que ambos coches estaban perfectamente.
No habían sufrido avería alguna, fue otra “sensación” más provocada por el espíritu de Edward Owens, para obligarles a detenerse y cobijarse en el viejo faro.
Y lo mismo sucedió con el rayo que, aparentemente, destrozó el Fiat de Kevin. Y con el que destrozó el árbol. No cayeron tales rayos, y prueba de ello es que el árbol también estaba intacto.
El fantasma lo hizo para asustarles.
Ronnie, Kevin, Norman y las chicas lo comprendieron así.
Y acabaron por comprender, también, que la misteriosa bola de fuego que los había salvado a todos encerraba algún poder divino, y con él, además de salvarles la vida a los seis, había destruido el espíritu

maligno de Edward Owens y el viejo faro.
El Bien, una vez más, había vencido al Mal.

FIN